EL TEATRO MODERNO

LOS LEALES

JOAQUIN Y SERAFIN ALVAREZ QUINTERO

50 CENTIMOS

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 4 SEPTIEMBRE 1926 NUM. 49

Serafín y Joaquín
Alvarez Quintero

LOS LEALES

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL,
DE MADRID,
EL 21 DE ENERO DE 1914.

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cristina...	*Nieves Suárez.*
Lucita...	*María Palou.*
Teresa...	*Julia Pacello.*
Bebé...	*Ana Martos.*
Doña Olvido...	*A. Sánchez Ariño.*
Doña Leonor...	*Pilar Castejón.*
La Mademoiselle...	*Ana Navacerrada.*
Angustias...	*Encarnación Díaz.*
Don Rodrigo el Viejo...	*José Santiago.*
Gustavo...	*Ricardo Calvo.*
Félix de la Rosa...	*Rafael Calvo.*
Don Adelardo...	*Antonio Gimbernat.*
Rodrigo...	*Teófilo Palou.*
El tío Doroteo...	*Pedro Sepúlveda.*
Don Nilo...	*José Portes.*
Juanico Simoneno...	*Antonio Suárez.*
Baltasar...	*José Capilla.*
Julián...	*Francisco G. Pereda.*
Perico...	*Salvador Marín.*

ACTO PRIMERO

En Guadalema, ciudad de Castilla, y en la gran plaza llamada de la Luna, viven don Adelardo Leal y los suyos, y las escenas de este primer acto se desenvuelven en una sala de la rica vivienda. Tiene esta sala sendas puertas a derecha e izquierda, y al foro dos huecos en forma de arco, que corresponden a un ancho y corrido balcón con severa balaustrada de piedra. Muebles ricos, pero sencillos y de buen gusto, tradicionales de la familia. Es una tarde tibia y serena de los primeros días de otoño. Las puertas del balcón están abiertas de par en par.

(Doña Leonor, señora de compañía de las hijas de don Adelardo, lee tranquilamente sentada cerca del balcón. Es una dama en cuyo rostro han impreso una persistente sonrisa la resignación y la bondad. Por la puerta de la izquierda sale Baltasar, viejo setentón, antiguo criado de la casa, y se dirige a ella.)

BALT. ¿La molesto, doña Leonor?

LEO. No, Baltasar. ¿Qué hay?

BALT. Señora, que de dos días a esta parte tengo una desazón, una angustia...

LEO. ¿Pues? ¿Está usted malo?

BALT. Ni por pienso, gracias a Dios. No va conmigo. Es que uno sale, y oye uno cosas, y le dicen cosas... Aquí mismo, entre las paredes de la casa misma... Antón, el cochero, que es un pillastre...

LEO. ¿Qué le cuenta a usted Antón el cochero? Siempre serán ganas de buscarle las pulgas.

BALT. ¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo! Usted, que va a todas partes acompañando a las señoritas, y que a muchas partes va sin ellas, ¿ha oído por Guadalema algo de esta casa?

LEO. ¿Cómo algo?

BALT. Algo..., algo inconveniente..., algo malo, señora.

LEO. No; nada malo he oído, Baltasar.

BALT. ¿No?

LEO. No. Esas son invenciones de Antón el cochero, para oírlo a usted.

BALT. Quizá, quizá sea eso. Se divierte conmigo porque llevo con estos señores cuarenta años, y él no pára al servicio de nadie más de tres meses. ¿Qué dirá usted que dice que por ahí se habla?

LEO. ¿Qué, Baltasar?

BALT. Espere usted, que llega alguien.

LEO. ¿Quién es ahora?

BALT. *(Asomándose a la puerta de la derecha del actor.)* El maestro de pintura de la señorita Lucita.

LEO. ¿Gustavo?

BALT. La cuestión es que yo no me pueda desahogar. Luego la buscaré a usted y volcaré el saco de los chismes y de los cuentos. *(A Gustavo, que aparece en la puerta de la derecha.)* Pase usted, señor don Gustavito.

GUS. ¡Hola, Baltasar! Buenas tardes.

BALT. Buenas tardes. *(Se retira por la misma puerta. Gustavo es un mozo de veintitantos años, nacido en Guadalema, de familia modesta y lleno de generosa ambición. Viste sin ningún género de afectación ni aliño. Es pintor, pero no se le conoce por fuera. Quiere decirse que no lleva ni chalina al aire, ni melenas, ni pipa, como casi todos los pintores que no saben pintar.)*

GUS. Doña Leonor.

LEO. ¡Gustavo!

GUS. ¡Qué sola!

LEO. Casi siempre. Soy una señora de compañía a quien apenas le cuadra este nombre.

GUS. ¿Y las muchachas?

LEO. Pues... ya puede usted imaginarlo. Cristina, en su balcón, esperando al novio.

GUS. Sí.
LEO. Lucita, pintando en el jardín.
GUS. Haciendo que pinta, mejor dicho.
LEO. Eso..., usted, que es su maestro, lo sabrá.
GUS. Porque lo sé lo digo. ¡Bueno está el maestro! Y la monjita, en el oratorio, ¿no?
LEO. Justamente. Comunicándose con el Esposo.
GUS. ¡Gocémonos, Amado!
LEO. ¿Usted viene de despedida, creo?
GUS. Sí, señora.
LEO. ¿Cuándo es la marcha?
GUS. Mañana.
LEO. ¿A París?
GUS. A París. A estudiar, a aprender, a luchar un poco, a sacudir el espíritu.
LEO. Hace usted bien. ¡Cómo le va a gustar París! ¿Se acordará usted de nosotros?
GUS. ¿No he de acordarme?... No soy nada ingrato, y en esta casa se me ha alentado y ayudado mucho.
LEO. ¡Esta casa..., esta casa!... Es verdad: pocas hay como ella. Yo, desde que enviudé y se vino a tierra mi bienestar, he conocido a algunas familias, a cuyo lado he sido lo que aquí soy: en Barcelona, en Madrid, en Guadalema misma... Pues crea usted que sólo en esta casa de los Leales no me he sentido ni una vez siquiera mortificada, herida en mi delicadeza.
GUS. Cierto, sí; en esta casa no hay ningún blasón a la puerta; el señorío aquí no es de piedra, ni está en el escudo: es del alma y va en los corazones.
LEO. Verdad. *(Silencio.)*
GUS. ¡Cristina! ¡Mire usted que Cristina!... ¿Dónde hay criatura como ella? Esa mujer merece un trono.
LEO. Sí; lo merece, y no lo tendrá, pero le andará cerca. Félix parece quererla mucho; ella está realmente prendada de él, y él vale, vale... Es hombre de un gran porvenir.
GUS. Sí. Es simpático, de buena presencia, tiene

pico, es audaz... Para la política, basta y sobra. A mí, sin embargo, si he de hablarle a usted sinceramente, se me figura que hay mucho en él de superficial, de pegadizo... No he descubierto, y lo he tratado lo bastante, su íntima originalidad. Es un espíritu que de todos toma, pero que da poco de sí mismo.

LEO. Tal vez...; no sé... Yo siempre lo he considerado como un muchacho muy culto, de mucho mérito...

GUS. Será que yo comparo su valer con el de Cristina.

LEO. ¡Ah, Cristina!... Es buena, es inteligente, es hermosa...

GUS. Tiene mucho dinero...

LEO. No sea usted malicioso, Gustavo.

GUS. No es malicia mía; es la verdad.

LEO. Sí; pero dicho ahora, que hablamos de Félix...

GUS. La fortuna de esta familia es seguramente muy grande; para tentar a cualquier ambicioso. Aquí se vive a cuerpo de rey.

LEO. Sí, señor. Aquí no se carece ni del menor capricho; eso es lo cierto. Y sin que yo quiera murmurar, hay en la casa un poquitito de desorden, que a mí me duele. Pero don Adelardo, a nada que le pidan sus hijos sabe decir que no.

GUS. ¡Ni a nada que le pida nadie! ¡Pobre señor! ¡Lo meten en unas empresas...!

LEO. ¡El dinero! que ha enterrado en este pueblo!

GUS. Aquí está él, precisamente. *(Adelantándose a saludar a don Adelardo, que viene también de la calle por la misma puerta de la derecha.)* ¡Señor don Adelardo!

ADEL. ¡Amigo mío! ¿A decirnos adiós, verdad?

GUS. A eso.

ADEL. ¿Se ha despedido ya de mis hijas?

GUS. No. Ahora iba a buscarlas.

ADEL. Hasta luego. Vendré a darle un abrazo.

GUS. Hasta luego.

ADEL. *(A doña Leonor.)* ¿Salió mi padre?

LEO. Creo que sí, señor. *(Don Adelardo queda un momento como ensimismado; luego sonríe al artista y se va por la puerta de la izquierda. Es un caballero esencialmente fino, amable, correcto, aristocrático, sencillo, pulcro.)*

GUS. *(Cuando don Adelardo se ha ido.)* ¿Qué le pasa a don Adelardo, sabe usted?

LEO. No lo sé; pero es indudable que algo le pasa. No es frecuente en él ese aire distraído.

GUS. Muy al contrario. ¡Hombre más atento y más cariñoso...!

LEO. ¿Si tendrán fundamento las inquietudes de Baltasar?

GUS. ¿Qué? *(Sale Cristina por la puerta de la izquierda. Es una bellísima muchacha, que parece modelada e iluminada por la ventura. Viste con sencilla elegancia.)*

CRIST. Dios le guarde, Gustavo.

GUS. Felices, Cristina.

CRIST. Vaya usted ahora mismo al jardín, y pescará a la loca de su discípula creando una escuela nueva.

GUS. ¡Demonio! ¿Ella también? ¿Y en qué consiste?

CRIST. Del rosal que copia, ha cortado una flor y la ha cosido al lienzo con seda verde. El efecto es mágico. ¡Se sale!

GUS. ¡Claro! Se sale y huele... y hasta se le posarán mariposas.

CRIST. Así dice ella. *(Ríen los tres. Cristina va al balcón.)*

LEO. *(A Gustavo.)* A verlo entrar... y a alegrarle la entrada con una sonrisa. Jamás llamó el amor a una puerta con más alborozo.

GUS. *(A Cristina, que sale del balcón.)* ¿Está en su cuarto el tío Doroteo?

CRIST. Allí debe de estar.

GUS. Voy a despedirme y a pedirle por Dios que no asuste a mi madre describiéndole los peligros de París. Le ha contado una serie de embustes y de paparruchas, que tienen a la pobre señora en vilo.

LEO. ¡Qué ocurrencia!

CRIST. Pero ¡si nunca ha estado en París! ¡Si no ha pasado de Bayona, adonde fué a comprarse un impermeable!

GUS. Pues se pone a hablar de atropellos y vuelcos de coches y automóviles, de "cocottes" envenenadoras y de que todos los camareros de los hoteles y "restaurants" son "apaches", y no sabe callar.

CRIST. ¿Qué te parece?

GUS. Voy, voy a verlo.

CRIST. Ya sabe usted cómo las gasta también en su cuarto. Llamará usted con los nudillos, tardará mucho en responderle, oirá usted golpes de cajas cerradas de pronto, ruidos misteriosos de llaves y pestillos; cuando entre usted, tapará con gran prisa unos documentos, tendrá un pañuelo atado a la cabeza, como si ya se le saltara de preocupaciones; verá usted en su estante una calavera, una linterna, un mochuelo...

GUS. ¡Ja, ja, ja! Es un buen señor que se ha empeñado en hacerle creer a todo el mundo que se afana y trabaja en cosas muy graves y de gran trascendencia...

CRIST. Y a la gente podrá engañarla alguna vez; ¡pero a la familia...! Lucita y yo hemos hecho un agujerito en la puerta del cuarto, ¡y lo vemos dormir cada siesta trascendental...!

LEO. Las sobrinitas también son traviesas.

GUS. *(Observando en el rostro de Cristina la alegría de haber visto a Félix, que llega ya.)* Dejo a usted. Hasta ahora. *(Se va por la puerta de la izquierda.)*

CRIST. Hasta ahora, Gustavo.

LEO. Buen muchacho es éste, ¿verdad? *(Cristina no la atiende. Por la puerta de la derecha aparece Félix de la Rosa, el novio de Cristina. Es apuesto, simpático, elegante. En sus cualidades exteriores lleva tal vez las más seguras prendas para su triunfo.)*

CRIST. *(Saliéndole al encuentro.)* ¿Es que cada día tiene más escalones la escalera de casa?

FELIX. Es que cada día los subo más despacio.

CRIST. ¿Sabiendo que te espero yo?

FELIX. Por lo mismo. Es una delectación amorosa: retardar unos instantes la dicha que se tiene segura. A los pies de usted, doña Leónor. ¿Pasó aquella jaqueca?

LEO. Pasó; muchas gracias. *(Continúa leyendo.)*

FELIX. Vengo sólo un instante a decirte que no puedo venir hasta luego. Esto es una paradoja, pero es verdad.

CRIST. Pues siempre que no puedas venir quiero que me lo digas así: por paradoja. Y ¿adónde te me vas tan aprisa?

FELIX. Asómbrate: a casa de Marín Salazar, el irreconciliable enemigo político de mi jefe. Se trata de un plan mío; de una travesura política a la vez que de una diablura de amor. Y tú eres la musa inspiradora. ¿Quién es ella? Bien dijo Bretón por boca de Quevedo.

CRIST. Siéntate siquiera un minuto.

FELIX. Mira que temo llegar tarde.

CRIST. Mejor: eso te da importancia.

FELIX. También es verdad. Verás lo que sucede. Alégrate.

CRIST. No estoy nada triste.

FELIX. Pues alégrate más.

CRIST. No puedo.

FELIX. ¡Eres un tesoro! Escucha. Los quince días que llevo a tu lado en Guadalema se me han pasado como un soplo, y me quiero quedar otros quince.

CRIST. ¡Qué talento te ha dado Dios!

FELIX. Mi jefe sueña con que Marín Salazar vuelva otra vez a nuestro campo, y ahora se ofrece una coyuntura propicia, si se aprovecha con habilidad su estado de espíritu, amargado por ingratitudes y desvíos de algunos de los suyos. Y yo, que estoy en el secreto, he puesto manos a la obra, y espero tornar a Madrid

victorioso..., ¡con tal que me dejen aquí otros quince días para desenvolverme! ¡Si no, imposible! ¿Has comprendido?

CRIST. He comprendido. Lo de los quince días, que es lo que me importa.

FELIX. Te prevengo que como yo realice la jugada, mi figura se agigantará en el partido hasta tocar las nubes. Y con Marín Salazar en nuestras filas, quedan "ipso facto" divididas y destrozadas sus huestes. ¡Y al Poder nosotros en un vuelo! La política, en España, es esto, vida mía; dos monstruos que se odian: el uno arriba, el otro abajo. Sueña el de abajo constantemente con subir, no tanto por el gusto de verse arriba, como por el deleite de deshacer lo que el de arriba ha hecho. Y esto es todo. Y todavía nos golpeamos el pecho hablando de la patria. Pero, en fin, mi triunfo personal, que es lo que me interesa, será indiscutible. Llevaré este trofeo a manos de mi jefe. Y como a todo ello me mueve primero que nada, como ya te he dicho, el deseo de alejar en lo posible el instante de dejar de verte,

"... bien puede ese lunar de tu mejilla
hacer cambiar el curso de la Historia."

CRIST. Bien puede. Y yo me alegraría. Y es seguro, porque anda en ello mi persona... y porque tu jefe es el hombre que le está haciendo falta a España.

FELIX. ¿Creés tú...?

CRIST. ¿Vas a dudar eso? ¡Un hombre que viene a Guadalema de mantenedor de unos Juegos florales, y te trae a ti de secretario, y da ocasión a que nos conozcamos nosotros, es una figura eminente! ¡Si ese hombre no salva a España, España no tiene salvación!

FELIX. España será siempre España mientras nazcan en ella mujeres como tú. ¿Qué será que salgo de aquí todos los días diciéndome: "Imposible

quererla más", y a las dos horas aquel imposible ya es posible: te quiero más?

CRIST. Bueno; eso mismo te lo he dicho yo en mi última carta.

FELIX. ¡Y yo te lo repito ahora como mío! ¡Qué gracia tienes!

CRIST. No es gracia, Félix; es ventura. Es que no puedo estar más alegre.

FELIX. ¿Me cabe a mí mucha parte en ello?

CRIST. Ahora todo eres tú. Pero es que mi vida ha sido siempre muy dichosa; cada día más dichosa. Algunas veces me asusta esta predilección qué la suerte ha tenido conmigo.

FELIX. ¿Por qué, simple? Mucho me hablas de esto.

CRIST. Como que ha llegado a preocuparme. ¿Por qué siquiera alguna espinita, de entre esos millones de espinas que punzan a tantos, no se clava en mi corazón? La muerte de mi madre, que ha sido el único dolor que pudo tocarme hasta ahora, fué al nacer Teresita, cuando yo no tenía cuatro años, y era incapaz de darme cuenta de ella y de comprenderla... Eramos niñas las tres hermanas, y ya Lucita y Teresa me mimaban tanto, me tenían tan fervoroso cariño, que el juguete mejor que llegaba a casa era siempre, sin vacilación, para mí. Más adelante, cuando empezamos a ser mujeres, yo las he visto a ellas padecer, sufrir, llorar, atormentarse, cada una por causas diferentes: Lucita, por las veleidades de su condición, por los primeros amorcillos que la inquietaron; Teresa, por su firme vocación de monja, que en un principio tanto contrarió a papá... Yo, en cambio, mientras, he sentido correr mi vida como un arroyito sereno, transparente hasta el fondo, sin piedra ninguna en que tropiece el agua. ¿Es esto justo, Félix?

FELIX. ¿No ha de serlo, criatura? Podrá ser injusto que haya desgraciados en la tierra; pero para ti, todo lo bueno me parece justo.

CRIST. Habla tu cariño.

FELIX. Y si hablo yo, ¿qué otro sentimiento puede mover mi lengua ante ti?

CRIST. En esto mismo de nuestros amores ves también mi suerte. Llegaste a Guadalema, y fuiste el blanco de todos los ojos femeninos. ¡Mucho más que del mantenedor nos ocupábamos todas del secretario! Y en la tarde de los Juegos florales, el dichoso secretario no paraba mientes en la reina de la fiesta, que era bellísima; ni en las damas de la corte de amor, que todas eran como perlas, sino que se fijaba en Cristinita Leal, que allá estaba en su platea con su familia, sin meterse con nadie. Y tu jefe político, desde la escena, entusiasmaba a todos hablando y hablando de las cualidades sublimes de la raza, y de las llanuras de Castilla, y del ideal, y del Cid, y de don Quijote, y de qué sé yo qué. Y a todo ello, el tunante del secretario, su vasallo más fiel y sumiso, y la señorita de la platea, ¡qué poquito caso le hacían a aquel buen señor tan elocuente! *(Riéndose.)* ¿Fué así?

FELIX. *(Lo mismo.)* Así fué. Y, sin embargo, luego, a la noche, durante el baile del Casino, el secretario, en presencia del ilustre mantenedor, le pidió a la señorita de la platea una opinión sobre el discurso.

CRIST. Y la señorita contestó con aplomo: "Una preciosidad. Para mí no ha habido otros Juegos florales como éstos." ¿Fué así?

FELIX. ¡Así fué!

CRIST. ¿Ves cómo soy dichosa siempre?

FELIX. Y siempre has de serlo. Y haces dichoso a quien te oye. Y si, como en alguna ocasión me has dicho, tú quieres también rendir tu tributo a las lágrimas, ahora para siempre te repito que no quiero ser yo quien las lleve a tus ojos.

CRIST. Ni lo serás nunca. Me quieres mucho.

FELIX. Vivo para quererte.

CRIST. Yo vivo más desde que te quiero. *(Se estre-*

chan las manos. Doña Leonor los mira por cima de las gafas. Sale por la puerta de la izquierda el tío Doroteo, que merece unas líneas aparte. Es hombre de mediana edad, de mirada con pretensiones de escrutadora y de bigotes largos y caídos. Lleva veinticinco años vistiendo de la misma manera: pantalones abotinados y estrechos, botas de una pieza, "macferlán" y hongo chato. Aunque ve muy bien, usa lentes, monóculo y gafas, que emplea según los casos. Trae en la mano varias cartas. Pasa hacia la derecha con aire ensimismado, afectando no ver a los presentes.)

FELIX. Vaya usted con Dios, señor mío...

DORO. *(Como si saliera de otro mundo.)* ¿Eh?... ¡Ah! Usted perdone. No había visto a la pareja feliz; iba tan abstraído... ¿Qué tal, Enrique?

FELIX. Félix.

DORO. Félix... Usted perdone nuevamente. Llevo tantas cosas en la cabeza...

CRIST. ¿Ha subido Gustavo a su palomar?

DORO. Sí. Ya le he dicho adiós. *(Mirándola por el monóculo.)* Sobrina, estás lindísima esta tarde.

CRIST. Gracias, tío Doroteo.

FELIX. ¿Hacia dónde se encamina usted?

DORO. Según.

FELIX. Lo preguntaba por el gusto de acompañarlo un poco.

DORO. Según.

FELIX. Yo voy a casa de Marín Salazar.

DORO. Iremos juntos hasta los soportales. *(Misteriosamente.)* ¿Tiene usted mucho empeño en que se arregle esa combinación?

FELIX. ¡Como que me detengo en Guadalema para sólo ello!

CRIST. ¡Ejem!

DORO. *(Contemplando un rato a Félix sin hablar.)* Usted ve largo. Bien. ¡Bien! Llevará usted el gato al agua. ¿Hoy es...?

CRIST. Martes.

DORO. Martes. Mañana, miércoles; la... jueves, el...

viernes, la... El viernes. No; véame usted el sábado, querido.

FELIX. Con muchísimo gusto.

DORO. *(A Cristina.)* Tu novio va a llegar muy alto, chiquita... Tiene alas... y es ambicioso. ¿No es usted ambicioso, Félix?

FELIX. Lo soy: no lo niego. Pero recuerde usted lo que piensa el padre Feijóo de los ambiciosos: que son los esclavos de todo el mundo.

DORO. ¡Diablo, qué cosa me recuerda usted con la tal citita! Vámonos a escape.

FELIX. Vámonos. *(Mientras se despiden los novios, el tío Doroteo se cala los lentes y repasa las cartas que lleva, no sea cosa que se le haya olvidado la de más importancia.)*

CRIST. ¿Volverás pronto?

FELIX. Creo que sí.

CRIST. Te espero.

FELIX. Procuraré que no te impacientes.

DORO. Están todas. Doña Leonor.

LEO. Señor mío.

DORO. Un encargo, y usted disimule.

LEO. ¡No faltaría más!

DORO. Si viene Rosales, el médico, en mi busca, hágame el favor de decirle que a las siete en punto estoy en la capilla muzárabe; a las siete y cuarto, en el Ayuntamiento, y a las siete y veinte, otra vez en la capilla muzárabe.

CRIST. Poco tiene usted que hacer en el Ayuntamiento.

DORO. ¡O mucho, muñeca!

LEO. Vaya usted descuidado.

DORO. Recuerde bien las horas: siete, siete y cuarto y siete y veinte.

LEO. No las olvido, no.

DORO. Pues a la orden de usted, grande hombre. ¿Hace buena tarde? *(De una funda, donde cabe un niño, saca unas gafas amarillas, que se pone para mirar desde el balcón qué tal pinta el día.)*

FELIX. Sí, señor; hermosa.

DORO. En efecto: el tiempo ha sentado.
FELIX. ¿También gafas, don Doroteo?
DORO. También. Me hiere el sol. Reliquias de los años. Estos ojos han trabajado mucho.
FELIX. Ya, ya.
DORO. Y, sin embargo, no he llegado a saber más que una cosa. Napoleón la dijo. Me parece que fué Napoleón: "La inspiración es el resultado momentáneo de largas meditaciones".
CRIST. ¿Y a qué viene eso aquí?
DORO. Calla, cerebro ingrávido. Tu novio puede que me haya entendido. ¿Tiene usted la bondad de pasar?
FELIX. Sí, señor. Obediencia es siempre cortesía. Hasta luego.
CRIST. Hasta luego.
LEO. Adiós, señores.
DORO. *(A punto de marcharse ya.)* Siete, siete y cuarto y siete y veinte. *(Se va con Félix por la puerta de la derecha.)*
CRIST. Cada día es más gracioso el tío Doroteo.
LEO. Sí...
CRIST. Y esas cartas que lleva apuesto a que son las de ayer. ¡Porque no es posible escribir todos los días tantas cartas y que nadie le conteste a ninguna!
LEO. Es raro, cuando menos. *(Cristina se asoma al balcón a ver a Félix. De cuando en cuando lo saluda. Vienen por la puerta de la izquierda Lucita y Gustavo. Lucita es bella como su hermana y de carácter imaginativo y vehemente. Viste con singular genialidad.)*
LUCI. No; no está aquí. Quien está es Cristina. Teresa estará en su oratorio. Doña Leonor, ¿quiere usted avisarle a Teresa?
LEO. ¡Ya lo creo!
LUCI. Dígale usted que deje los rezos un instante; que Dios no se enfada porque venga a despedir a un amigo.
LEO. Con ella no se enfada Dios. Felicidades, Gustavo, por si no nos vemos.

GUS. Igualmente, señora.

LEO. Vamos por la santita. *(Se marcha por la puerta de la izquierda.)*

LUCI. La una con el Divino Esposo, y la otra con el humano prometido, ¿verdad?, no hacen ningún caso ni de su hermana ni de nadie. ¡El viejo les gasta unas bromas!

GUS. ¿Cómo les ha puesto?

LUCI. ¡A Cristina, todos los días un nombre distinto! "Ofelia", "Julieta", "Dulcinea", "Eloísa", "Beatriz"... A Teresa, "Santa Tonta de Capirote".

GUS. ¡Tiene gracia el abuelo!

LUCI. Pero ¿usted ve a Cristina? Diciéndole otra vez a su novio que lo quiere a morir. Ahora con la mano. Hoy se lo ha dicho ya, que yo sepa, por escrito, por teléfono, con la mano, con la boca, con los ojos... ¡Jesús! No le dará en los dientes al primer novio que a mí me salga. Voy a ser muy seria.

GUS. ¿Muy seria?

LUCI. Y muy sobria. *(Fingiendo un diálogo.)* "Hola". "Hola". "¿Me quieres?" "Te quiero". "Pues vamos a hablar de otro asunto". Y al despedirme, igual: "¿Te vas?" "Me voy". "¿Me quieres?" "Te quiero". "Pues anda con Dios". Así, así.

GUS. ¿Y se contentará ese hombre, Lucita?

LUCI. ¿No ha de contentarse? La cuestión no es decir las cosas muchas veces, sino que sean verdad una sola. Aunque todavía—¡vaya usted a saber!—puede que yo me ponga más almibarada que Cristina. Porque suele sucederme mucho, ¿verdad? Como diga en serio que me voy por una vereda, echo en seguida por la otra. Siéntese usted mientras no viene la santita.

GUS. Bien; un momento no más. Va siendo tarde para mí.

LUCI. Se ha puesto usted muy grave de repente.

GUS. Es posible.

LUCI. ¿Por qué, Gustavo?

GUS. *(Después de vacilar un punto.)* Se lo diré, Lucita: siento envidia de ese hombre que va por la calle.

LUCI. *(Bajando la voz.)* ¿De Félix, el novio de Cristina?

GUS. Sí.

LUCI. Es claro: está tan enamorada Cristina...

GUS. Eso, en primer lugar. Y luego, Lucita, pensando sólo en él, ¿cree usted que vale poco en la vida entrar en estas batallas de la juventud, cada día más duras y difíciles, sintiendo al lado el aliento de una mujer que a la par nos consuela y anima; que parece que lleva nuestra bandera?... Eso es mucho; eso es todo, casi... Eso es tener asegurada la victoria, y del modo más noble.

LUCI. Sí, señor; muy bien dicho. Si yo fuera hombre, ¿verdad?, pensaría lo mismo que usted. ¿Y por qué no deja usted el viaje a París para cuando encuentre... su abanderada?

GUS. Porque..., porque mi abanderada... Por nada, no; porque ya debo irme.

LUCI. Pues mucho ojo y no se vaya usted a casar en París con una francesa. Mire usted que todas las francesas se la pegan a sus maridos.

GUS. ¡Todas, no!

LUCI. ¡Todas! En las comedias, todas. Y como dicen que el teatro es el espejo de las costumbres..., vale más creerlo que no averiguarlo.

GUS. No echaré en olvido la advertencia.

LUCI. Lo necesita usted, porque en París hay mujeres muy interesantes, muy bonitas, vestidas como si las vistiera Dios por orden del diablo..., ¿verdad? Muy finas, muy esbeltas..., de ojos muy azules... Vamos..., muy para los pintores.

GUS. ¡Ja, ja, ja! De todos modos, nada temo. Porque si hemos de juzgarlas por las comedias, son también muy interesadas, y yo voy a entrar sin blanca en París.

LUCI. Pero con la paleta y los pinceles.

GUS. Eso todavía no vale nada: no es oro más que en mi ilusión. Dios dirá. Hace unos días, Lucita, en que apenas duermo ni como; el espíritu no me deja. Pero ni un solo instante vacilo en mi resolución de irme de aquí unos años. Necesito estudiar, renovarme, recibir estímulo considerando mis bríos... o mi pequeñez enfrente de la labor de muchos... Además, Lucita, es que en Guadalema materialmente no puedo vivir. La pensión que el Ayuntamiento da a mi madre es exigua, usted lo sabe bien. Lecciones no tengo más que ésta, que debo a la bondad de ustedes. En este año he hecho dos retratos, los cuales me han valido... un opíparo almuerzo en cada una de las respectivas casas...

LUCI. ¿Qué me cuenta usted?

GUS. "¡Admirable, Gustavo, admirable! ¡Un prodigio de parecido! Véngase usted mañana a almorzar con nosotros." Francamente, a almuerzo por retrato, no me conviene seguir aquí.

LUCI. *(Riéndose.)* ¡Claro que no! ¡Ni aunque le ofrecieran a usted las bodas de Camacho! ¡Dichosos ricos los de Guadalema! No se gastan un céntimo en cosas de arte, ¿verdad?

GUS. Se creen que los artistas debemos vivir como los pájaros en las ramas.

LUCI. ¿No sabe usted lo que le dijo el otro día Castillo, el poeta, al marqués de Martín?

GUS. No. ¿Qué le dijo?

LUCI. Castillo acaba de publicar un libro de versos...

GUS. Sí: "Del huerto humilde".

LUCI. Ese. Y el marqués, al felicitarlo, porque había leído la noticia, le pidió que le regalara un ejemplar. Entonces Castillo, que tiene tanta gracia como descaro, se cuenta que le contestó: "Señor marqués, usted, que es una persona muy culta, ignora una cosa". "¿Qué es lo que yo ignoro, Castillo?" "Ignora usted que hay unos locales con estantes de arriba abajo.

llenos de libros de todo el mundo. Esos locales se llaman *librerías*. Todas tienen su mostrador, su encargado, sus dependientes... Llega usted allí, pide el libro que quiera, lo paga y se lo dan con mucho agrado. Está por la primera vez que nieguen uno, como lo haya. Ya le digo a usted: se llaman *librerías*. Fíjese usted bien, para que no se le olvide: *librerías*. En la plaza Mayor hay una." Y todos los presentes soltaron la carcajada, y el propio marqués se moría de risa.

GUS. ¿Y compró el libro?

LUCI. Ni por ésas. Se lo pidió prestado a mi hermano Rodrigo, que también lo mandó a paseo.

GUS. Ayer estuve yo con Castillo. Quiero convencerlo de que me acompañe a París. Conoce bien aquello, habla perfectamente el francés... Me convendría.

LUCI. Usted por el francés no lo necesita: con las lecciones que le he dado yo...

GUS. Para mí tengo, sin desdén hacia la maestra, que van a aprovecharme tanto como a usted las mías de pintura.

LUCI. ¡Quiá! Mucho más. Yo me he convencido de que para la pintura no sirvo. No tengo paciencia. Ahora me voy a dedicar a la guitarra. ¿Qué le parece a usted?

GUS. Como consecuencia de mis lecciones de pintura, un tremendo fracaso para mí.

LUCI. Todo es cuestión de manos.

GUS. Ah, ya.

LUCI. ¡El estudio de la pintura no se acaba nunca! Que ojos, que bocas, que narices, que pies... ¡Oh! Antes de poder pintar una persona, se hace una vieja.

GUS. Pues es una lástima, porque tiene usted espíritu creador; genio de artista. Pero con esa constante rebeldía a toda sujeción o norma, no hará usted nunca nada de provecho. Bien dice don Rodrigo: en la cabeza de usted vive un pájaro que se nutre de su corazón.

LUCI. Lo mismo que con la pintura, me ocurrió con la música. ¡Cuidado si me gustaba la música! Tuve una temporada, ¿verdad?, en que todo lo pedía cantando. Papá, como es tan complaciente, en seguida me puso un profesor. Pero en cuanto llegó el profesor y empezó con la matraca del solfeo: ¡do! ¡re! ¡mi!, ¡adiós mi castillo de naipes! ¡Vamos, que empeñarse en someter a reglas cosa tan libre como la música! ¡Una fuerza, un misterio que está en el viento, y en los árboles, y en los pájaros, y en el mar, querer aprisionarlo entre cinco rayitas! Al diablo no se le ocurre otra. Y me perezco por cantar; ¡pero no me amarro al solfeo! *(Rompe a cantar con todo entusiasmo. Sale por la puerta de la izquierda Teresa, la monjita en cierne. Es suave, interesante, sencilla, y revela en su rostro la alegría y la serenidad de un alma satisfecha de su vocación. Está curada de toda afectación mística o monjil. Sus ojos brillan como altares.)*

TERE. ¿Despides con música a tu maestro?

GUS. Hola, Teresa. Ya lo ve usted; con música me despide.

TERE. ¿Y Cristina?

LUCI. Al balcón todavía, contemplando lo que queda en el aire del humo del cigarro de su novio, que se ha marchado hace un cuarto de hora. Y en seguida se pondrá al piano a llorar la ausencia de diez minutos.

CRIST. *(Desde el balcón.)* Te advierto que lo estoy escuchando todo.

LUCI. Si no es secreto lo que he dicho...

TERE. Cristina.

CRIST. ¿Qué quieres?

TERE. Te llama papá.

CRIST. Voy.

GUS. *(Deteniéndola.)* Adiós, Cristina.

CRIST. Es verdad, que usted se nos marcha. Hasta la vista, pues, amiguito.

GUS. Hasta que Dios quiera.

CRIST. Mucha fortuna le deseo.
GUS. Gracias.
CRIST. ¿Está emocionado?
GUS. Sí.
CRIST. Adiós. Mucha fortuna. *(Se va por la puerta de la izquierda. Lucita ha observado atentamente a Gustavo mientras la despide.)*
TERE. ¿Cuándo es la partida, Gustavo?
GUS. Mañana.
TERE. Pues a ser muy bueno, a escribirle a la mamá todos los días... y a no pintar demasiadas cosas... de esas que no deben pintarse.
GUS. Se hará así. La amonestación de usted viene ya del cielo.
TERE. ¡Pobre de mí! ¡Del cielo mis palabras!... Eso sí: yo pediré por usted constantemente.
GUS. Muchas gracias, Teresa. A la corte celestial voy bien recomendado. Con las medallas, los escapularios, las cruces y los amuletos que me ha puesto encima mi madre, supongo que no me ha de faltar el favor de allá arriba.
TERE. No sea usted hereje; no se burle.
GUS. No hay ni asomo de burla en esto que digo. Discípula...
LUCI. Maestro...
GUS. ¡Maestro!...
LUCI. Quiero ser profeta en mi tierra. Ahora se lo llamo yo sola, ¿verdad? Pronto se lo llamará el mundo entero.
TERE. Amén.
GUS. ¡Ojalá! Necesito esos ánimos. Los agradezco. Adiós, Lucita. Adiós, Teresa.
LUCI. Que sepamos de usted.
GUS. Sí, sí. Ustedes con más razón que nadie. Adiós. *(En este momento, y a tiempo que Gustavo va a irse por la puerta de la derecha, llega de la calle Don Rodrigo el Viejo, el abuelo de las muchachas.)* ¡Oh, que está aquí el Viejo!
D. ROD. ¡Salud!
GUS. A la rebotica iba yo ahora a darle un abrazo.
D. ROD. ¡Pues aquí estoy yo a darte una docena! A

trabajar mucho, valiente. El trabajo es una dignidad. Y acuérdate siempre de esto que ahora te digo: la suerte que hayas de tener va dentro de ti. No lo olvides. Anda con Dios. *(Lo abraza y casi lo empuja hacia la puerta.)*

GUS. Gracias, gracias. Adiós a todos. *(Vase conmovido.)*

TERE. Adiós.

LUCI. Adiós. *(Don Rodrigo el Viejo, como familiarmente se le nombra, anda en torno de los setenta años y ha sido padre de catorce hijos, varones todos, que desparramó la fortuna por el planeta. Pertenece a esa casta privilegiada de hombres cuyo espíritu, lejos de abatirse y decaer con los años, se templa y fortalece, prestándole a la vez al cuerpo nueva pujanza. Es agresivo, descarado y zumbón. Habla con la impunidad que le consienten sus años y su vida honrada y fértil. Viste con característica sencillez.)*

D. ROD. ¡Floja gresca he armado yo en la rebotica a cuenta de Gustavo!

TERE. ¿En dónde no armará gresca este viejo?

D. ROD. En ninguna parte que reine su majestad el Sentido Común.

TERE. ¿Pero el Sentido Común es un rey?

D. ROD. Destronado... desde tiempos de Adán.

LUCI. *(Que está un poco abstraída.)* ¡Anda con ésa!

D. ROD. ¡Morder y criticar al pobre mozo porque quiere estudiar y hacerse persona! ¡Zopencos! ¡envidiosos! Lo he dicho allí con todas sus letras una vez más: el natural de Guadalema es el animal que más se parece al hombre.

LUCI. Yo quisiera ser hombre...

D. ROD. ¿Para no ser de Guadalema?

LUCI. No; no hablo de eso... Para ser muy *amigo* de Gustavo.

D. ROD. Tú siempre quieres ser algo que no eres.

LUCI. Sí, señor; me gustaría ser *amigo* de Gustavo, camarada suyo. Me gustaría que me contase muchas cosas que él piensa y siente . y que

siendo yo mujer, ¿verdad?, no puede contármelas.

TERE. A propósito de pintores y de pinturas, Viejo. ¿Quién crees que ha estado aquí?

D. ROD. Lo sé: don Basilio Piña.

TERE. ¿Quién te lo ha dicho?

D. ROD. ¡El olor a aguarrás que ha dejado en la casa! ¿A qué ha venido ese mercachifle? ¿A ver el Ribera otra vez?

LUCI. Nunca viene a otra cosa.

TERE. Media hora se ha llevado mirándolo. ¿Por qué no se lo vendes, Viejo?

D. ROD. ¡Esta *Santa Tonta de Capirote* ha perdido el juicio! ¡Primero le vendo el alma al diablo!

TERE. *(Santiguándose.)* ¡Jesús! *(Reza entre dientes.)*

D. ROD. ¿Tú sabes lo que es ese Ribera?, ¿lo que vale aquella cabeza de Virgen, la mejor de todas las que pintó el Españoleto? ¿Tú no sabes también que ese cuadro está desde tiempo inmemorial en nuestra casa como una reliquia? Lo miró toda su vida mi abuelo, lo miró mi padre y yo lo miro y lo remiro por todos.

TERE. Se conoce que yo no entiendo.

D. ROD. Lo que se conoce, rata monjil, es que ya, pasando por el locutorio, llegan hasta esta casa aires de las celdas de tu convento. ¿A que les has contado a las monjas la historia del pintor que yo te conté?

TERE. Sí, señor; creí que era caso de conciencia, y las enteré de lo que ellas tampoco sabían: de que sirvió de modelo una mala mujer para esa cabeza de la Virgen.

D. ROD. Alto allá: sirvió de modelo una hija del propio Ribera, María Rosa, que era hermosísima y pura como los ángeles cuando él la copió.

TERE. Sí; pero luego se escapó con un bastardo de no sé qué rey.

D. ROD. De Felipe IV y de la Calderona, para que no se sepa. Don Juan de Austria se llamaba aquel peine.

TERE. ¿Ves tú? ¿Ves tú?

D. ROD. Sí, hija, sí; ya veo. Y mira si me pongo en todo, que me avengo a hacer con nuestro Ribera lo que hicieron con su Purísima, copia también de María Rosa, las monjas del convento de las Agustinas de Madrid.

LUCI. ¿Tú qué has de consentir en tal cosa, Viejo?

D. ROD. ¿Por qué no? Ellas, escandalizadas de la aventura, llamaron a Claudio Coello y le mandaron repintar la Purísima. ¡Bueno, pues que venga Claudio Coello... y haga lo propio con la de casa!

LUCI. *(Riéndose.)* Así, así.

TERE. ¡Estos viejos que se las echan de graciosos!...

D. ROD. ¡Estas muñecas que tienen una juventud de rosa y la quieren agostar en un claustro!...

TERE. ¡Silencio! *(Vuelve a rezar para sí, santiguándose.)*

D. ROD. En mis Memorias te voy a poner como digan dueñas.

LUCI. ¿Cuándo me vas a leer a mí algo de las Memorias, Viejo? ¡Qué interesantes son todos los libros de memorias!

D. ROD. ¡Oh! Las mías meterán ruido. Serán curiosas, pintorescas, apasionadas... Como de un hombre que ha vivido mucho, enterándose de lo que es vivir... Moverán escándalo... Habrá crujir y rechinar de dientes... ¡Porque canto en ellas las verdades! Anoche escribí un capitulito bien sustancioso. "Los amores del general Benchirella con la mujer de su mejor amigo, y los amores de este amigo con la mujer del general Benchirella." Los cuatro quedan bien.

LUCI. ¡Vaya un capitulito chusco!

D. ROD. Pues como ése llevo un centenar. Trabajo sin descanso. No sé vivir ocioso, niñas mías.

TERE. ¿Y tardarás mucho en publicarlas?

D. ROD. Todo lo que tarde en morirme. Saldrán a luz al día siguiente de mi entierro.

LUCI. Pues yo que tú las publicaba en vida.

D. ROD. No tiene objeto: son tales, que temo que me

cuelguen de un árbol al día siguiente de la publicación... De manera que por un día prefiero morir en la cama. *(Ríen las muchachas.)* Me aseguro la posteridad. *(Con entusiasmo.)* "Memorias de don Rodrigo el Viejo, escritas con la mano izquierda."

LUCI. ¿Así las titulas?

D. ROD. Así. Y doy la explicación en el prólogo. La mano derecha, ya rendida de trabajar, se crispó y se negó a escribir. Y fué y le dijo a la izquierda, su hermana: "Hermana, échame una manita. Nunca te he dicho nada hasta ahora, pero llevas una vida de fraile. Aprende a escribir como aprendí yo, que las dos servimos al mismo caballero." ¡Je!

TERE. Pues eso me parece muy bien.

LUCI. Estaba yo por probar qué tal pinto con la mano izquierda.

D. ROD. Peor que con la derecha es muy difícil. *(Salen en esto por la puerta de la izquierda don Adelardo y Rodrigo. Este es el único hermano de las muchachas, a quienes ya conocemos, y se distingue por el ímpetu irreflexivo de su juventud, exenta de preocupaciones.)*

ROD. Aquí está el Viejo.

ADEL. Me alegro. Te buscaba, papá.

D. ROD. ¿Qué quieres?

ADEL. Ahora te diré. *(A las hijas.)* Marchaos allá dentro con Cristina.

LUCI. ¿Ocurre algo? Estás muy serio.

ADEL. Ella os enterará. Marchaos con ella.

LUCI. *(A Teresa.)* ¿Qué podrá ser?

TERE. Alguna barrabasada de Rodrigo. Ya verás tú.

LUCI. No creo. Algo más ocurre. *(Se van las dos por la puerta de la izquierda.*

ROD. *(Mirando hacia la de la derecha.)* Viene el tío Doroteo; que no nos estorbe, que se marche a su cuarto.

ADEL. No, no; que se quede también.

ROD. ¿Para qué? ¿Para escuchar majaderías, papá?

ADEL. En ciertos casos todo debe oírse. Que se quede.

D. ROD. Pero ¿hay alguna novedad? Rodriguillo, ¿qué pasa?

ROD. Yo no sé nada todavía. Papá quiere hablarnos... *(Aparece por la puerta de la derecha el tío Doroteo, y se encamina hacia la de enfrente.)*

ADEL. Doroteo.

DORO. Me llaman.

ADEL. Tenemos que tratar de algo muy importante. ¿Quieres oírlo?

DORO. ¿Quién lo duda?

ADEL. Pues... cerrad esas puertas. *(Rodrigo y el tío Doroteo le obedecen.)*

D. ROD. Me pones en cuidado, Adelardo.

ADEL. No es para menos el asunto, papá. Sabedlo pronto, para que compartáis conmigo la tribulación. Llevo ocho días disimulando; los días más amargos y dolorosos de mi vida.

D. ROD. ¡Adelardo!

ROD. ¡Papá!

ADEL. Olivenza Gutiérrez, mi socio en las minas de Santa María, no es que haya ido al extranjero, como yo os he dicho, por necesidades de la empresa, sino que ha huído de Guadalema, y no sé dónde está.

DORO. ¿Eh?

ROD. ¿Que ha huído?

D. ROD. ¿Que ha huído, dices?

ADEL. Que ha huído, sí. ¡Y como lo ha hecho! ¡Traidor!, ¡ingrato! Desaparece cuando nos cercan compromisos tremendos; responsabilidades espantosas de este negocio, fracasado y maldito. Me traiciona, me roba, me estafa; y lo que es más grave, me hunde y me arruina, si yo he de responder a todo, como debo y quiero.

D. ROD. ¡Jesús, Dios mío!

ROD. ¡Canalla! ¡Siempre renegué de ese hombre, papá!

D. ROD. Pero, bueno, Adelardo, ¡por Dios bendito!, explícate; no sean tus cosas. Habla.

ROD. Sí, papá, sí; habla.

ADEL. Hablaré, hablaré...

ROD. Que a lo mejor, tú también ves visiones.

ADEL. No, hijo mío, no; ahora, no. Por desgracia, no. Estamos en presencia de la ruina de nuestra casa. ¡Ojalá fueran visiones estas que yo veo; pero son realidades que me dan frío; que me hacen llorar!

ROD. ¡Oh! ¡Hay que perseguir a ese bandido y sacarle el alma por la boca!

D. ROD. ¡Calla tú también! ¡Deja a tu padre que se explique!

ADEL. De ese bandido se encargará la justicia. Pero antes he querido que supierais, que me escucharais... Oídme. Desde luego, la empresa, el negocio, la aventura no sería un completo fracaso, aun cuando nunca respondiera a nuestras ilusiones... En estas explotaciones mineras hay muchas veces que esperar... que esperar... ¡pero cuesta tanto esperar!...

D. ROD. ¡Ah, ya lo sé! ¡Ya tratamos de esto en un principio! ¡Ya sé yo que un millón tira de otro; ya lo sé! ¡Ya hablamos claro y fuerte! Recuérdalo, recuérdalo.

ADEL. ¡Sí, sí lo recuerdo, sí; y reniego de la hora en que comprometí la primera peseta! Y eso que si no me hubiera traicionado ese hombre aún habría esperanza de salvación. ¡Lo que es que me abandona en los momentos más graves y críticos! Vienen ya para España, por encargo nuestro, máquinas de extracción para el coto de San Luis; todo el material de los caminos aéreos, desde Trigales a San Jerónimo; vagonetas, cables, puentes de cargamento... ¡qué sé yo! Además, ahora y en fin de año nos vencen letras abrumadoras de diferentes casas alemanas: de Wetter, de Zurich... Fiadores nuestros ante dos de ellas son los Latorres... ¡Una vergüenza! ¡Un espanto! No lo dudéis, no. Si he de cumplir como quien soy tendré que enajenar las pocas propiedades que ya nos restan. ¡Y, eso sí: antes me quedo sin ropa

que ponerme que dejar una deuda en pie! *(Silencio. La gravedad de estas palabras preocupa a todos. El tío Doroteo se sienta aparte a meditar. Al fin, el Viejo exclama.)*

D. ROD. Tenía que ser; teníamos que llegar a este momento. Tus idealismos desatinados, tu buena fe, rayana en candor de criatura, por fuerza habían de arrastrarnos a esta catástrofe. ¡Cuando se es un niño no se mete uno en andanzas de hombre!

ADEL. ¡Dime, Viejo, dime cuanto quieras, que lo merezco todo! Cuando pienso en que, con culpa o sin ella, soy yo quien va a quitarles a mis hijos... Dime cuanto quieras; no temas ser cruel. Y tú también, Rodrigo; y tú, Doroteo... Todos, todos tenéis derecho contra mí.

ROD. ¡Sí, si ahora vamos a ponernos a insultarte! ¡Antes, antes es cuando has debido hacernos caso!

ADEL. ¡Verdad; verdad!

D. ROD. ¡Nos has arruinado neciamente; estúpidamente!

ADEL. ¡Verdad!

D. ROD. Y te digo esto ahora, porque aún te queda por delante mucha vida para enmendar tus yerros.

ADEL. ¡Oh! ¡Mi vida! Nada más estéril que toda mi vida; que toda mi obra.

ROD. ¡Ya es tiempo de que te vayas enterando! ¡Parece mentira que un hombre como tú, que sale a desengaño por día, aún se deje embaucar hasta de los chicos de la escuela!

D. ROD. ¡Si fuera de los chicos de la escuela, anda con Dios; pero si es del primer desvergonzado que le habla!

ADEL. No tanto, no; permitidme que... No tanto. Soy de blanda cera, a merced de lo que las manos en que caiga quieran hacer de mí; pero no tanto, no tanto...

ROD. ¿No tanto? ¿Y el periódico? ¿Te has olvidado del periódico?

D. ROD. *¡El Idealista!*

ROD. ¡Ibas a hacer y a acontecer y a reformar el mundo!

D. ROD. ¡Le diste dinero a manos llenas a una partida de bribones, y cuando te negaste a dar más te llamaron cursi y caballero andante!

ROD. ¡Y tuve yo que acabar a trastazos!

D. ROD. ¿Y la Escuela de Artes y Oficios, que va a terminar en matadero público?

ROD. ¡Y tantas cosas más, que no hemos de echarte en cara en este momento!

D. ROD. ¡Pero, hijo mío, las coronaste a todas y te ordenaste de loco de atar, al emprender esta aventura de la mina de Santa María!

ADEL. ¡Loco, no!

D. ROD. Ah, ¿no es locura asociarse a un hombre desacreditado como el tal Olivenza Gutiérrez, para acometer una empresa tan grave, tan dudosa, donde el fracaso puede ser la ruina? ¡Loco y más que loco!

ADEL. ¡No, no; iluso, sí; pero loco, no! A pesar de todo debo defenderme. Yo soy el primero en declararlo: me alucinó, me ofuscó la funesta elocuencia de ese hombre; su entusiasmo comunicativo. Pero cuando él y yo, uniendo nuestros intereses, denunciamos la mina, teníamos informes favorables de ingenieros inteligentísimos y de gran renombre. Yo no era un loco, como decís. Una casa belga ambicionaba la presa sin disimulo. ¿No era hasta patriótico arriesgar en la empresa una buena parte de mi fortuna? Estas minas de galena argentífera se explotan en casi toda España: en Linares, y en Badajoz, y en Sevilla, y en Murcia, y en Toledo... ¿Por qué no hacer lo mismo en estas tierras infecundas de Guadalema? Ello le daría riqueza permanente a la comarca; trabajo y vida a muchos hombres. Así pensaba yo. Luego... luego, como sabéis, nos engañó a todos, ¡a todos!, el éxito de las primeras excavaciones. Y entonces di para la mina mucho más de lo que podía y debía dar sin

peligro. Lo sé. Pero ¿pudo nadie calcular lo estéril de cuanto se intentó después para tropezar nuevos filones? ¿Estuvo en mí, ni en nadie, sino en Dios, prever los daños de la inundación del pasado invierno?, ¿los gastos enormes de las instalaciones de desagüe? ¿Pude yo entrar en las entrañas de la tierra para investigar lo mezquino del filón que nos deslumbró a tantos? Y, finalmente, aunque pensase y adivinase todo esto, jamás pensaría que me vendiera, que me traicionara, dejándome solo ante la catástrofe, un hombre que me debe en Guadalema cuanto es... ¡Y he dicho que no soy un loco! Sí lo soy, sí; un loco, un pobre enfermo de idealismo, un idiota. Cabe buscar en la tierra ramas de plata y encontrarlas... ¡pero qué absurdo y qué necio es buscar el corazón, el sentimiento y la lealtad en algunos hombres! *(Nuevo silencio.)*

ROD. En suma, y dejando lamentaciones a un lado: ¡que nos quedamos con el día y la noche! ¿No es esto? ¡A pedir limosna!

ADEL. Así es.

D. ROD. ¿Qué habláis ahí de pedir limosna, majaderos? ¡Vaya un par de hombres, el padre y el hijo! ¡No parecéis ninguno de los dos de mi casta! Hace ya muchos años, siendo yo mozo, en una situación análoga a ésta, cien veces peor que ésta, me señaló mi padre dos caminos, que son los mismos que ahora tenemos por delante.

ROD. ¿Cuáles son esos dos caminos?

D. ROD. *(Gravemente.)* O degradarse... o trabajar. De ahí mi primer viaje por América.

ADEL. ¡O degradarse... o trabajar!

D. ROD. Sí, llamo degradarse, no a lo que vosotros pensáis acaso, sino a entregarse mansamente a lo que quiera la codicia de los demás: a meter aquí usureros y prestamistas que nos aniquilen; a malbaratar reliquias y joyas de nuestra casa, que por heredadas son como la san-

gre de las venas; a la petición bochornosa al amigo; a la comida en casa del prójimo... A todo esto y a algo más que me callo, llamo degradarse...

ADEL. Y eso es.

D. ROD. Trabajar es palabra que no ha menester interpretaciones. Trabajar es eso: trabajar. No sólo por defender la hacienda y la vida, sino por merecerlas. Y en esta familia, y en esta situación, todos podemos y debemos trabajar. Yo, el primero. Si aquí en Guadalema teméis que pueda hallarse cohibido nuestro ánimo, coartada nuestra libertad, Madrid es grande, París inmenso, América infinita...

ROD. Calla.

D. ROD. ¿Qué?

ROD. Alguien viene.

ADEL. Calla; sí.

D. ROD. ¿Será Felix, quizá?

ADEL. ¡Félix! ¡Dios de mi alma! ¡Félix! Luego seguiremos ocupándonos de esto.

D. ROD. Sí; luego, sí.

ADEL. Disimulemos ahora, ¿verdad?

ROD. Sí, sí.

D. ROD. A la noche nos reuniremos.

ADEL. Sí, sí; a la noche. *(Llaman a la puerta de la derecha.)*

ROD. ¿Quién es? *(Baltasar habla desde dentro.)*

BALT. ¿Hay permiso?

ADEL. Ah, es Baltasar.

ROD. Pasa, sí; pasa.

BALT. *(Asomando a la puerta, no ajeno del todo a la turbación de los ánimos.)* Señor: don Basilio Piña desea verle.

D. ROD. ¿Otra vez don Basilio Piña?

ADEL. ¿A quién: a mi padre o a mí?

BALT. A usted: dice que a usted, don Adelardo.

ADEL. ¿Qué podrá traer?

BALT. Muy alterado viene... y muy nervioso.

D. ROD. ¿Eh?

ADEL. ¿Sabrá...? Dile que ahora voy; que espere un instante.

BALT. Sí, señor. *(Retírase.)*

ADEL. ¿Sabrá algo del paradero de Olivenza Gutiérrez?

D. ROD. ¡Otra cosa es lo que sabrá! ¡Siempre el mismo! Vamos a verlo juntos. Anda.

ADEL. Vamos, Viejo. *(Se van los dos por la puerta de la derecha.)*

ROD. ¡Este padre mío!... ¡A qué extremo nos lleva, Señor!... ¡Qué insensatez! ¡Qué rabia!

DORO. *(Suspirando, entre melancólico y pesimista.)* ¡Ay, Señor de los cielos!

ROD. ¿Respiró usted ya?

DORO. Ya he respirado, monigote. Yo no soy hombre de palabra, sino de obras. Y estoy de acuerdo con el Viejo, naturalmente. ¡A trabajar se ha dicho!

ROD. ¡Sí, sí; a trabajar! ¡Qué pronto se dice a trabajar! ¡Y hay en todas partes miles de seres que quieren trabajar y que se mueren de hambre porque no tienen en dónde ni en qué!

DORO. No ensartes tonterías, muñeco. Todo el que quiere trabajar, trabaja.

ROD. ¡Pues ya lo sabe usted!

DORO. ¿Yo?

ROD. ¡Usted!

DORO. ¿Te insolentas conmigo? ¿Vas a pagar el coraje con el tío Doroteo? ¿Te escuece perder la *vita bona?* ¡Se acabó el tirito al pichón, y la sala de armas, y el te en casa de la marquesita!...

ROD. ¿Pero es que usted hace cosa de más provecho?

DORO. ¿Cómo?

ROD. ¡Usted vive en plena pantomima de labor; pero hasta ahora no hemos visto en casa ni siquiera un ajo nacido de simiente sembrada por usted!

DORO. ¡Mequetrefe! *(A este punto sale Cristina por la puerta de la izquierda muy atribulada.)*

CRIST. ¿Qué? ¿Qué? ¿Por qué gritas, Rodrigo?
ROD. ¡El tío Doroteo, que es capaz...!
DORO. ¡Este mono que se me descara!...
CRIST. Silencio, por Dios...
DORO. El desconcierto que ha caído sobre todos es lo único que lo disculpa. Pero yo, badulaque, óyelo bien:

"cuando la ocasión se ofrezca,
me calaré la celada
y porné al caballo espuelas."

(Se va por la puerta de la izquierda, con un hervidero en la frente.)
ROD. ¡Mamarracho!
CRIST. Déjalo estar... ¿Has visto, Rodrigo, has visto qué horror, qué desgracia?
ROD. Sí; ya he visto.
CRIST. ¿Lo sabes todo?
ROD. Todo. *(Viene también por la puerta de la izquierda Lucita, llenos los ojos de inquietud y de lágrimas.)*
LUCI. ¡Rodrigo! Papá os ha hablado, ¿eh?
ROD. Sí.
LUCI. ¡Qué ruina! ¡Qué hombre más infame! Yo he pensado... Porque en estos momentos... A Teresa no hay quien la saque de su oratorio; pero yo he pensado... *(Llega otra vez por la puerta de la derecha Baltasar, hondamente inquieto, agitadísimo.)*
BALT. Niños, niños... ¿Qué pasa?
ROD. Déjanos, Baltasar.
BALT. ¿Qué pasa?
CRIST. Déjanos ahora.
BALT. Yo soy entre vosotros algo más que un criado... ¿Qué pasa?
ROD. ¡Déjanos! *(Vuelve don Rodrigo, colérico, por la misma puerta de la derecha.)*
D. ROD. ¡Ya corre la noticia! ¡Ya vuela!
CRIST. ¿Qué?
LUCI. ¿Qué?

D. ROD. ¡Ya se dice por Guadalema! ¡Ya se sabe!
ROD. ¿Se sabe ya?
BALT. *(Acongojadísimo y como para sí, yéndose por la puerta de la derecha.)* Es cierto... es cierto...
D. ROD. Acaba de estar ahí otra vez don Basilio Piña... ¡Don Basilio Piña!...
CRIST. ¿El anticuario? *(Sale por la puerta de la izquierda doña Leonor.)*
D. ROD. ¡Sí! Ha venido a advertirnos que si, por cualquier eventualidad, entrara en nuestros cálculos vender el Ribera, él está primero que nadie.
LUCI. ¡Ah!
CRIST. ¿Y tú qué le has dicho?
D. ROD. ¡Le he dicho que he resuelto morirme mirando al Ribera.
ROD. ¡Muy bien, Viejo!
D. ROD. ¿Te parece bien, Rodriguillo? ¿Y a vosotras?
CRIST. ¡Muy bien!
LUCI. ¡A mí mejor que a nadie!
D. ROD. *(Cogiendo del brazo a Rodrigo, con quien se va por la puerta de la izquierda.)* ¡Vente conmigo, que tenemos que hablar mucho tú y yo! ¡Vender el Ribera! ¡Que les ponga precio a mis ojos y a mi vida!
LEO. *(A Cristina.)* Cristina.
CRIST. Señora.
LEO. Ahí está Félix.
CRIST. ¡Félix!
LUCI. ¡Félix! *(Va maquinalmente al balcón, en el cual se recata.)*
CRIST. Doña Leonor, una súplica. Déjeme usted a solas con él.
LEO. ¿Debo hacerlo?
CRIST. Sí. *(Doña Leonor se acerca a la puerta de la derecha a tiempo que por ella llega Félix, y lo hace pasar. En seguida se marcha.)*
LEO. Pase usted, Félix.
FELIX. Señora...
CRIST. ¡Félix!
FELIX. *(Gozoso, paseando su mirada en torno de él.)* ¿Solos?

CRIST. Solos, sí; solos. *(Cogiéndole con vehemencia una mano.)* Ven a mí.

FELIX. ¿Qué tienes?

CRIST. *(Ansiosa.)* Mírame, Félix.

FELIX. Ya te miro. ¿Qué tienes, criatura?

CRIST. *(Trémula.)* ¿Me quieres tú? ¿Es verdad que me quieres tú?

FELIX. ¿Y cómo me preguntas eso? Pero, qué, ¿lloras?

CRIST. Lloro, sí. ¿Ves? Ya lloro... ya lloro... *(Siéntase, cubriéndose el rostro con las manos.)*

FELIX. *(Instintivamente.)* Es cierto. *(Instintivamente también se aleja un poco de Cristina, mirándola. En uno de los huecos del balcón asoma Lucita observando el cuadro con ojos investigadores.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un gran salón en casa de don Nilo Pérez de Gil, en la Corte y Villa. Salidas al fondo, a la derecha y a la izquierda. Muebles y cuadros antiguos y modernos, en mezcolanza donde el capricho y la improvisada riqueza han puesto más que el gusto. En un ángulo, un piano cubierto de ricos mantones de Manila. Sobre una mesa un primoroso aparato de teléfono. Es por la tarde, en el mes de abril.

(Salen por el foro Gustavo, Juanico Simoneno y Julián, criado de la casa, andaluz. Gustavo ha experimentado un ligero cambio en los tres años que hace que nos despedimos de él en Guadalema. El marquesito de Simoneno es lo que se llama una bala perdida, de lo que también se llama el gran mundo.)

JUAN. Pasa, Gustavo. *(A Julián.)* Avisa que estoy aquí con un amigo.

JULIAN. Sí, señorito.
JUAN. ¿Tú sabes si van a salir?
JULIAN. Me parese que no. La señora y la señorita han estao con er modisto hasta ahora.
JUAN. ¿Y don Nilo?
JULIAN. A don Nilo lo tiene usté en er biyá.
JUAN. ¿Con quién?
JULIAN. Con nadie. Está jugando solo.
JUAN. ¿Solo?
JULIAN. Sí, señorito. Dise..., dise que... *(Se detiene por respeto a Gustavo.)*
JUAN. Habla con libertad. Este amigo es de confianza.
JULIAN. Pos dise don Nilo que hasta que no aprenda la carambola de salía no juega con nadie, pa que no se diviertan con é. *(Ríen Gustavo y Juanico.)*
GUS. ¡Qué precaución tan cómica!
JUAN. Ya te he dicho que es casa más bien para un caricaturista que para un pintor.
JULIAN. Por fin me libré der difrá, señorito.
JUAN. ¿Ah, sí? Que sea enhorabuena. Esta es otra, Gustavo. Doña Olvido, detalle que ve en una casa grande, detalle que imita. Pitito veo, pitito quiero. Ha visto no sé dónde a un criado vestido de turco...
JULIAN. ¡Y quería vestirme a mí de turquito también! Y grasias ar señó marqués me he escapao de andá de máscara por la casa.
JUAN. ¿Y han desistido de ello?
JULIAN. No, señó; que le han sortao la china a Perico ¡Está aparente! Hasta los retratos se ríen de é.
JUAN. Escucha, ¿trajeron mis flores?
JULIAN. Sí, señorito; no hase un cuarto de hora. Y oiga usté: encárguele usté al amo de la tienda que le diga ar niño que las trae que se haga er mudo; que entregue las flores, coja la propina y se largue con viento fresco.
JUAN. Pues ¿qué ha habido?
JULIAN. Que le ha dicho ar "chofé" que debe usté en la casa alreó de tres primaveras.

JUAN. ¡Hombre! ¡Muy gracioso! Dele usted cartel a un establecimiento para que luego le paguen así. Yo, que todos los días encargo allí flores...

JULIAN. Eso parece que es lo que molesta: que las encarga usté tos los días.

JUAN. Bueno. Te agradezco el aviso, Julián.

JULIAN. Señorito, yo soy un güen amigo der señorito.

JUAN. Pues anda, anúnciame.

JULIAN. Voy.

JUAN. ¿Sabrás?

JULIAN. Creo que sí. Lo conozco a usté bien. *(Vase por la derecha del actor.)*

GUS. ¿Te conoce bien, dice?

JUAN. Figúrate: ¡le debo mil pesetas!...

GUS. ¿Te ha prestado ese infeliz mil pesetas?

JUAN. Y no serán las últimas.

GUS. Entonces no te conoce todo lo bien que él cree.

JUAN. Gustavillo, no tan perdido, no. El marquesito de Simoneno todavía... La prueba es que me prestan.

GUS. *(Observando el salón.)* Pues sí, efectivamente: la casa revela mucho más dinero que gusto. Mejor dicho: no revela más que dinero.

JUAN. Esta gente ha heredado una millonada. Por eso me he enamorado yo de la chica.

GUS. ¿Qué tiempo llevan en Madrid?

JUAN. Poco más de seis meses. Están en la luna de miel de la Corte. Ellos vivían en Alminar de la Reina, en Andalucía. Es una familia modesta, que tenía allí cuatro terrones y cuatro tabiques, disparatadamente enriquecida del día a la noche. La fortuna, mujer al fin, es bastante ligera de cascos.

GUS. ¿Y no son más que el matrimonio y una hija?

JUAN. Nada más. A él creo que le decían en el pueblo Currete. El don Nilo con que se hace nombrar ahora, también debe de ser cosa de la herencia.

GUS. ¿Don Nilo Pérez de Gil, me has dicho?

JUAN. Sí. Otro golpe. En su tierra era Pérez Gil, sin

de. Con la pronunciación andaluza resultaba casi "Perejil", a secas. "Currete Pere Gí, Currete Pere Gí..." Y en cuanto lo trates tú verás cómo no es más que "Perejil", por lo sencillo. Te dará el olor desde una legua.

GUS. ¿Los millones heredados son de un hermano de él?

JUAN. Que santa gloria haya. Le deberás tres retratos con el tiempo.

GUS. Dios te oiga, Juanico.

JUAN. Parece ser que era un pobre señor, viudo y sin hijos, que amasó en América esa fortuna, y que al sentirse viejo tuvo la nostalgia de la patria y de la familia, y se vino a hincar el pico junto a esta buena gente, en el pueblo natal.

GUS. ¡Feliz ocurrencia!

JUAN. ¡Como para una estatua ecuestre! Ya le oirás hablar a doña Olvido del testamento "al óleo" del difunto.

GUS. ¿Del testamento "al óleo"?

JUAN. Sí; como tus retratos. "Hológrafo" quiere ella decir.

GUS. *(Riéndose.)* ¡Jesús, María!

JUAN. Verás, verás una señora inesperada. Todos ellos. En clase de "parvenus" ponen el mingo. Doña Olvido, sobre todo, hablando de arte, no se sabe adónde va a parar. A la pátina de los cuadros viejos le dice la "patina". Y le ha caído en gracia la palabreja..., ¡y mete la "patina" cada vez que puede!

GUS. ¡Ja, ja, ja!

JUAN. El don Nilo tiene la manía de que en los tres meses que estuvo su hermano en su casa antes de morir, se le pegaron a él muletillas y giros americanos... y hasta el acento. ¡Delicioso! A cada paso le oirás decir: "¡Banana!", "Mire, ché..." ¡Magnífico!

GUS. ¿Y la hija?

JUAN. La hija es tonta de remate, pero encantadora. Su flaco es imitar todos los dengues, mimos y

frases hechas de las señoritas de clase. "¡Qué bobo!" "¡Qué bobada!" "¡Qué divertido!" No sale de ahí. Se llamaba Andrea. Desde que está en Madrid se llama Bebé. En calidad de astilla salvadora de un náufrago no hay pero que ponerle.

GUS. Hay uno. ¿No me has dicho que tiene novio?

JUAN. Vencerlo es mi intención. Fío mucho en el escudo de mis tarjetas, que deslumbrará puesto en la portezuela del automóvil. Por de pronto, me he hecho el indispensable en la casa; soy íntimo amigo—íntimo—de la "mademoiselle", que no es ningún saco de virutas; chanceo con el cocinero, que es chino, y de escaleras arriba y abajo hay dos o tres criados, como ese Julián, interesadísimos en mi triunfo. ¡Si no, no cobran!

GUS. Veo que eres el mismo perdis que en París.

JUAN. ¡Oh, aquel estudio de la rue de Balzac!... ¡Claudine! ¡Henriette! ¡Chochotte!... ¡Quién os olvida! *(Lo abraza.)* Aquí tenemos a nuestro don Nilo. Y por el otro lado llegan también la madre y la hija. Aguanta la risa lo que puedas.

GUS. Calla, hombre. *(Por la izquierda llega don Nilo, de levita y botines, y por la derecha, doña Olvido y Bebé, vestidas con ostentoso lujo, pero sin ningún detalle chillón ni caricaturesco. La modista las salva. Los tres conservan la pronunciación andaluza, más acentuada en doña Olvido que en don Nilo y Bebé.)*

NILO. ¡Querido Juanico! Caballero...

GUS. Señor...

JUAN. *(Presentándolos.)* Don Nilo Pérez de Gil... Mi íntimo amigo Gustavo Luque...

NILO. Muy honrada mi casa con su presencia, y muy honrado yo estrechando su mano. Voy a tener el gusto de presentarle a mi mujer y a mi hija. Olvidito, Bebé: aquí tenéis al pintor famoso.

GUS. Señora... Señorita...

OLVI. Tantísimo gusto en conocerlo. Juanico...
JUAN. Señora mía... A tus plantas, Bebé.
BEBE. Hola, tú. Muchas gracias por las rosas, que son lindísimas.
JUAN. *(Señalándole a las mejillas.)* ¡Oh! Han venido a buscar... "consonantes".
BEBE. ¡Qué bobo!
NILO. Siéntese no más el ilustre artista. Siéntese no más.
OLVI. Juanico se ríe oyendo a mi marido.
JUAN. ¡No, señora!
OLVI. Le hace gracia eso de "Siéntese no más". Realmente, parece que hay el temor de que la visita se tienda.
NILO. ¡Olvido!...
OLVI. A Nilo se le han pegado muchos giros de América desde la estancia en casa de un hermano suyo, a quien quería..., a quien quería como a un hermano.
NILO. ¡El pobre Bonis!
BEBE. ¿Usted acaba de llegar de París?
GUS. Sí, señorita; hace dos días.
OLVI. ¿Ha pasado usted por Hendaya?
GUS. Sí...
JUAN. ¡Y por Irún!
BEBE. Yo encuentro a París muy divertido.
OLVI. A mí me marea.
NILO. Estuvimos allá cuando llegó mi pobre Bonis.
GUS. Yo llevo en París cerca de tres años.
NILO. ¿Y ha de volver pronto?
GUS. Sí, señor. Así que vea a mi madre, que vive en Guadalema.
NILO. ¡Oh! ¿Tiene usted en Guadalema a la "viejita"?
GUS. Sí, señor.
NILO. Por muchos años.
JUAN. Este se ha hecho el amo en París.
GUS. ¡Hombre, no digas tonterías!
JUAN. Déjate de modestias. Se ha hecho el amo. La prueba es que ahora le ha encargado un re-

trato el presidente de la República. Y otro, Sarah Bernhardt.

GUS. No hay tal cosa; no lo crean ustedes. He trabajado mucho, y con fortuna, y empieza mi nombre a sonar algo. Esto es todo, hasta ahora.

NILO. Ya es bastante, señor, tratándose de aquella urbe inmensa, adonde concurre el mundo entero.

OLVI. ¡Ah, París!... París es el cráneo del Mundo.

NILO. El cerebro, que no es lo mismo, che.

JUAN. ¿Te has fijado, Gustavo? ¿Tiene o no tiene Bebé un retrato precioso?

BEBE. ¡Qué bobada!

GUS. De toda mujer bella cabe hacer un bello retrato. La cuestión es saber hacerlo. ¡Hermosa casa tienen ustedes! Y está puesta con verdadero lujo.

NILO. ¡Oh!... Aún falta mucho que poner...

JUAN. Ya la verás entera. Es un museo: un museo de todas las artes..., que le sirve de estuche a una joya... de carne y hueso.

BEBE. ¡Pero qué bobo es!

GUS. Ahora no ha dicho ninguna bobada, señorita.

BEBE. Muy amable.

OLVI. Hágase usted cargo. En Madrid no se puede vivir como en un pueblo. Y ya que levantamos la casa nuestra de Andalucía cuando Bebé empezó a pollear..., había que hacer algo por esta joya, como Juanico dice. Usted no sabe lo que es ser madre.

GUS. Señora, sé lo que es tenerla, y respeto todas las flaquezas que puedan inspirar los hijos.

OLVI. ¿Ha visto usted el arcón gótico del recibimiento?

GUS. No; no he reparado.

OLVI. Una divinidad. Allí guardo la mantelería de lujo.

NILO. Sí...

GUS. ¿Y le han traído a usted ya esos abanicos antiguos de que me ha hablado Simoneno?

OLVI. Los espero esta tarde. Son para una de las vitrinas del salón, y queremos que usted, que es persona entendida, nos diga si valen la pena de comprarlos. Porque estamos algo escamados con las cosas antiguas. Mi marido se cree que entiende, y hace un mes le soltaron una batata con un Sajonia...

NILO. ¿Cómo te diré que no es batata, Olvido?

BEBE. Sí es batata, papá.

OLVI. Sí es batata, Currete.

NILO. Luego lo verá usted, señor. No saben lo que dicen. ¡Es un auténtico Sajonia el jarrón aquél!

OLVI. Este se fía de todo el mundo. Y yo me echo a temblar en cuanto lo veo con chamarileros y anticuarios.

NILO. Crea usted que yo, siempre que es preciso, como ahora, con motivo de esos abanicos, oigo el parecer inteligente de "amateurs" y de artistas. ¡Banana! ¡Buena estaría otra cosa!

GUS. Dime, querido Juanico, tú que tratas a medio Madrid, ¿conoces por acaso a un aficionado francés que aquí vive, persona de viso y de cultura...?

JUAN. ¿Cómo se llama?

GUS. Monsieur Clémentier.

JUAN. ¿Clémentier o Clémencier?

GUS. Clémentier. Jean Clémentier.

JUAN. No le conozco. Pero si es persona de viso, tal vez en la Embajada...

GUS. No; si estoy en correspondencia con él. Es un buen señor, desconocido para mí, que me escribió a París felicitándome por unos dibujos de impresiones de España que publiqué en "Les Arts". Y desde entonces, no ha habido paso en mi carrera, al cual no haya seguido una carta de monsieur Clémentier, siempre llena de efusión y de aliento, siempre cordial y cariñosa. Ahora mismo me ha hecho venir a España porque desea un retrato de su esposa

pintado por mí. Y yo querría, antes de visitarlo, informarme particularmente...

JUAN. Ya.

NILO. Clémentier... Clémentier... Yo no caigo tampoco...

OLVI. Niña, ése va a ser uno rubio que estaba anoche a nuestro lado en el Real... ¡Tenía una cara de franchute!...

JUAN. Mire usted, para haberlo sabido...

BEBE. ¡Qué guasón!

NILO. ¿Quiere mi amigo que veamos en un instante ese Sajonia tan discutido acá?

GUS. Con mil amores. No me conceptúo nada competente, pero estoy a la disposición de usted.

NILO. Venga por aquí. Verá de paso otras baratijas...

OLVI. Enséñale también la peina que dicen que fué de la Reina Gobernadora.

NILO. La peina y varias cosas más, si no le molesta.

GUS. Nunca, señor. Con permiso de ustedes...

NILO. Pase. *(Se va por la izquierda con Gustavo.)*

OLVI. Es muy fino el muchacho éste.

BEBE. Y parece un muchacho "bien". Tiene muy buenos ojos. ¡Qué lástima! Se le pueden estropear si pinta mucho.

OLVI. Eso es lo que no parece, pintor. Tan limpio, tan atusadito... La corbata de moda... Los pintores, por lo general, son algo adanes.

JUAN. Algo adanes son. ¡Claro! De la costumbre de tratar... con Evas.

BEBE. ¡Ja, ja! Pero ¡qué malo eres!

JUAN. Pues estoy dispuesto a hacerme bueno por ti, como don Juan Tenorio. *(A doña Olvido.)*

"... En tu casa viviré:
tú gobernarás mi hacienda
diciéndome: esto ha de ser..."

OLVI. Calle usted, payaso. *(Aparece la Mademoiselle por la derecha. Lo mismo al salir que al retirarse le sonríe disimuladamente a Juanico.)*

MLLE. Bonjour. Je vous demande pardon, mademoiselle.

BEBE. Que voulez vous?

MLLE. Madame la manicure, qui vient d'arriver, vous attend dans votre boudoir.

BEBE. Ah, la manicure! Je suis enchantée, mais... Dites-lui que j'irai tout de suite.

MLLE. Très bien. *(Se marcha.)*

JUAN. Oh, là, là!

BEBE. Se me había olvidado que había de venir hoy la "manicure"; pero me alegro. Tú has de perdonarme que te deje, Juanico.

JUAN. Que me dejes no te lo perdono, Bebé.

OLVI. Sabe usted, Simoneno, que no me gustan esas tonterías. Bebé tiene un novio formal, y si se entera...

JUAN. ¡Estoy dispuesto a que se entere, doña Olvido!

OLVI. ¡Bah!

BEBE. Pero, mamá, ¿vas a tomarle cuentas a este bobo? Adiós. Hasta nunca.

JUAN. Adiós. Hasta siempre. *(Bebé se va por la derecha.)*

OLVI. En serio, Juanico: no me enamore usted a la niña.

JUAN. Me pide usted lo único en que no puedo obedecerla. Pídame usted que no me crezca el pelo, y me será más fácil.

OLVI. ¡Jesús! *(Viene por el foro Julián con una tarjeta en bandeja de plata, que le presenta a doña Olvido.)*

JULIAN. Señora.

OLVI. ¿Quién?

JULIAN. Este señó.

OLVI. *(Leyendo la tarjeta.)* ¡Ah! ¡El chamarilero! El de los abanicos. *(A Julián, que se va en seguida.)* Que pase. ¿Quiere usted, Juanico, echarme para acá al pintor?

JUAN. ¡Inmediatamente, señora!

OLVI. Dígale usted que no es más que un segundo.

JUAN. ¡Ya está aquí! *(Se va por la izquierda. Doña*

Olvido espera, y poco después llega por el foro don Adelardo Leal, nuestro amigo. Viste ahora con más modestia que antes, pero siempre con extraordinaria pulcritud. En la mano trae un paquetito hecho por una de sus hijas, sin duda. Tal es de primoroso.)

ADEL. ¿Señora?...

OLVI. Adelante.

ADEL. ¿Cómo está usted?

OLVI. Bien, ¿y usted?

ADEL. Bien, para servirla. Muchas gracias.

OLVI. ¿Me trae los abanicos?

ADEL. Sí, señora; los dos de que le hablé, y un tercero, que la casualidad ha puesto en mis manos de ayer a hoy, y que le quiero ofrecer a usted antes que a nadie.

OLVI. Lo agradezco mucho.

ADEL. Estoy tan obligado a usted, señora... Me dispensó usted el otro día, cuando tuve el gusto de conocerla, una acogida tan amable...

OLVI. ¿Cómo no viene usted con su hija? ¿No quedamos en que hoy había de presentármela?

ADEL. Sí, señora. Dispénseme. Luego vendrá con el abuelo. Yo no la he podido aguardar. Me avisaron para un negocio..., y tuve que llegarme al hotel Ritz..., y luego, al Museo...

OLVI. Bien, bien. ¿Vendrá también la otra?

ADEL. ¿Cuál?

OLVI. La otra: la que se quiere meter a cómica.

ADEL. ¡Ah!, Lucita. No sé... Quizá.

OLVI. Usted le habrá dicho que aquí estamos haciendo un teatro.

ADEL. Se me olvidó, señora.

OLVI. Vamos a ver los abanicos. Tengo curiosidad.

ADEL. Confío mucho en que han de agradarle. *(Empieza a desliar el paquetito que trae en la mano. Por la izquierda vuelven Gustavo y Juanico. El encuentro de don Adelardo y el pintor produce a ambos a la par sorpresa y alegría, y a Gustavo, además, emoción intensa.)*

GUS. ¿Eh? ¿Don Adelardo? ¡Señor don Adelardo!

ADEL. ¡Gustavo, amigo mío! ¡Qué sorpresa! *(Se estrechan las manos fuertemente.)*

OLVI. ¡Ah!, ¿son ustedes amigos?

GUS. ¡Muy amigos!

ADEL. Mucho. ¿Cómo usted por Madrid?

GUS. De paso para Guadalema, a ver a mi madre. ¿Y usted?

ADEL. Yo vivo aquí con la familia ya va para un año.

GUS. No sabía... ¡Cuánto me alegra verlo!

OLVI. ¡Qué casualidad! Este señor es quien me trae los abanicos...

GUS. ¿Usted?

ADEL. Yo, sí, yo. Caprichos de la suerte, querido Gustavo. Comercio en antigüedades ahora...

OLVI. Vamos a ver. *(Don Adelardo, con exquisita amabilidad, muestra a doña Olvido, uno a uno, los tres abanicos, que sucesivamente pasan de una mano a otra.)*

ADEL. Mire usted éste.

OLVI. ¡Ay, qué cosa más delicada! ¿Y tiene mérito?

ADEL. Grande, señora. El artista se lo podrá decir. Véalo, Gustavo.

GUS. Precioso es.

OLVI. Pero ¿tiene mérito?

JUAN. Todo lo precioso lo tiene, doña Olvido. Ahí está Bebé para demostrarlo. Me gusta el asunto: unos sátiros persiguiendo a unas "sátiras".

OLVI. Cállese usted ahora, galopín. A ver otro.

ADEL. Este, de carácter distinto, es también una joya.

OLVI. ¡Sí que es muy bonito, señor! Y muy rico, a primera vista.

ADEL. ¡Oh!

OLVI. ¡Qué país tan primoroso!

GUS. Observe usted la suavidad, la delicadeza de matices..., la exquisita finura del dibujo. Parece miniado enteramente.

ADEL. ¿No cree usted que sea reproducción de alguno de los famosos frescos del Vaticano?

GUS. Quizá. El abanico es italiano, desde luego.

ADEL. Sí; eso sí.

OLVI. ¿Sí, eh? ¿Tiene mucho mérito? ¿La varilla es de concha?

ADEL. De concha y oro. Es un abanico que procede de una gran casa española arruinada.

GUS. ¿Cómo?

ADEL. No; no es lo que usted puede imaginarse... Se trata de torre más alta. Vea usted este otro, señora.

OLVI. Este me gusta más que ninguno.

ADEL. Y es el mejor.

OLVI. ¿El mejor, verdad? ¡Como que tengo yo una vista!... Fíjese usted qué encanto de abanico.

GUS. Extraordinario es. ¿Un Wateau?

ADEL. Un Wateau, sí.

OLVI. ¡Ay, qué monada de pastorcitas y de ovejas! Estoy pensando que me voy a quedar con los tres, porque cada uno por su estilo... ¿Cómo van de precio? ¿El país de éste es de cabritilla?

ADEL. Justo: de cabritilla.

OLVI. Ya se ven los granitos. ¿Cómo van de precio?

ADEL. Ninguno es caro para ustedes.

OLVI. Se los voy a enseñar a mi hija. Con su permiso, caballero.

ADEL. Es usted muy dueña, por Dios.

OLVI. Pierde una el gusto viendo cosas tan ricas.

JUAN. ¡Me interesa oír la opinión de Bebé! Voy con usted, señora.

OLVI. Espantárame yo. *(Se van los dos por la derecha. Cuando se quedan solos, Gustavo y don Adelardo se miran un instante en silencio.)*

ADEL. ¡Bien, Gustavo, bien! Así es la vida.

GUS. Aún no quiero creerlo, don Adelardo... Porque supe la quiebra de usted, pero...

ADEL. ¡Ay! En tres años no sabales, esta mudanza... La vida, la vida. Hablemos de usted. ¿Se trabaja, se triunfa, verdad?

GUS. No, don Adelardo, no; ya hablaremos de mí. Hablemos de usted, de ustedes... ¿Y Cristina, y Lucita, y don Rodrigo... y todos?

ADEL. Pues... bien; muy bien. Y hasta me atrevería

a decirle que contentos. Contentos, sí; contentos. Llevando entre todos esta cruz, que por llevarla entre todos, no nos pesa.

GUS. La última tarjeta que tuve de Lucita fué de Buenos Aires. Hace ya dos años, lo menos. Luego no volví a saber de ustedes.

ADEL. Más vale. Nuestro primer vuelo fué a la Argentina. Entre el sitio de nuestra caída y nosotros quisimos poner toda la inmensidad del mar... Lejos, lejos de Guadalema. Allí no habríamos podido levantarnos nunca. Las miradas compasivas de todos abatían nuestro ánimo. La lástima es el sentimiento de los débiles; siempre ayuda a caer; a rehacerse, nunca.

GUS. ¿Y en Buenos Aires...?

ADEL. En Buenos Aires no nos ayudó nada la fortuna. Ni nosotros supimos hacer en verdad por que nos ayudara. ¡Había en nuestros espíritus tanto y tan grande desconcierto! Nos fuimos a Chile, donde tenemos unos parientes. A poco de llegar enfermó Teresa. Hubimos de regresar a España. En fin, Gustavo, ¿a qué cansar a usted con el cuento de nuestras pasadas desventuras?... Han sido dos años en que Dios ha puesto a prueba nuestro temple, nuestra fortaleza, nuestra dignidad.

GUS. ¿Y ahora?

ADEL. Ahora... ya empieza a amanecer..

GUS. ¡Vamos!

ADEL. Sí. Trabajamos todos.

GUS. ¿Todos?

ADEL. Todos. Asómbrese usted: hasta mi cuñado, el tío Doroteo.

GUS. ¡Ah! ¡El célebre tío Doroteo! ¿Y en qué se ocupa nuestro hombre?

ADEL. *(Sonriendo.)* En una labor de índole moral. Tilda a Guadalema de pueblo ingrato...—ya sabe usted todo el dinero que yo he dejado allí—, y no cae un mapa de España al alcance suyo en el que no raspe a Guadalema.

GUS. ¡Qué original venganza!

ADEL. De lo más pueril. Cosas suyas.

GUS. ¿La monjita no llegó a profesar, por lo que veo?

ADEL. Felizmente. Esa ha sido otra victoria de nuestra desgracia. Le pareció de un gran egoísmo abandonarnos, y corrió el temporal con nosotros. Nos ayuda también.

GUS. ¿Y Rodrigo?

ADEL. Ha establecido una sala de armas, y no le va mal. Como era tan diestro... ¡Mi Rodriguillo trabajando! ¡Qué cosas!

GUS. ¿Una sala de armas?

ADEL. Sí; fué idea de Lucita.

GUS. ¡De mi discípula había de ser! ¿Qué no discurrirá aquella cabeza?

ADEL. Lo bueno y lo malo; lo disparatado y lo discreto. En nuestras mil vicisitudes, ella ha sido la risa y la esperanza. Cada día nos señalaba un horizonte nuevo. Ahora se ha empeñado en ser actriz.

GUS. ¡Qué diablo! *(Silencio.)* ¿Y Cristina?

ADEL. Cristina trabaja más que todos, y está más contenta que ninguno. Parece la madre en mi casa. Aquí vendrá luego.

GUS. ¿Aquí?

ADEL. Le va a dar lección de piano a esta señorita.

GUS. ¿Cristina?

ADEL. Tiene en Madrid muchas lecciones. ¡Se hace tan simpática a todo el mundo! Vea usted cómo lo que aprendieron mis hijos sólo para recreo de sus ocios, viene ahora a servirles como medio de defensa en la vida.

GUS. ¿Seré indiscreto si hago una pregunta, don Adelardo?

ADEL. ¿Referente a Cristina?

GUS. Sí, señor.

ADEL. Yo le daré a usted la respuesta sin necesidad de la pregunta. Aquello acabó.

GUS. ¿Acabó?

ADEL. Por dicha.

GUS. ¿Otra victoria de la desgracia?

ADEL. La mayor de todas. No quiero acordarme de aquel hombre, todo vanidad y culto a lo externo. Cuando conoció nuestra ruina le faltó tiempo para huír. No hay otra palabra: huír. Cristina..., la pobre Cristina... Pero dejemos esto.

GUS. Sí.

ADEL. Ciertas cosas vale más no tocarlas. Olvidarlas es imposible..., y siempre duelen.

GUS. Sí. *(Después de otro silencio.)* ¿Dónde viven ustedes?

ADEL. Muy cerca de esta calle.

GUS. Tengo que ir a verlos.

ADEL. Tome usted mi tarjeta, por si además me necesita como chalán de trastos y antiguallas. ¡Je! Y cuénteme, cuénteme de su vida. ¿Para usted han ido bien las cosas?

GUS. No puedo quejarme. Ya sale el sol también frente a mis balcones. ¡Cuánto pensé en ustedes en los comienzos de mi vida en París! ¡Y cuántas veces recordé, para estimularme, las últimas palabras que su padre de usted me dijo!

ADEL. ¿Cuáles fueron?

GUS. "Tu suerte va dentro de ti."

ADEL. Es idea muy suya.

GUS. No puede usted imaginarse la impresión de angustia, de desmayo, de impotencia, que sentí al llegar a París y darme cuenta de lo que es aquello. ¡Qué ridícula me pareció mi aventura! ¡Qué desatinadas mis ilusiones! Allí, adonde afluye, como la sangre al corazón, la corriente universal del mundo del arte, iba yo a que hubiese una mirada para los colores de mi paleta, comprada en los soportales de la plaza en el pueblo.

ADEL. Y, sin embargo...

GUS. Me sentí vencido antes de empezar la pelea. Tentado estuve de hacer otra vez la maleta y volverme a España. Además, los primeros días que pasé en París fueron días de una niebla

constante, espesa, abrumadora, fría. Lo mismo daba el día que la noche. Aquella niebla se metió en mis huesos, me enfrió el corazón... Y yo, que por primera vez me encontraba solo, enteramente solo, me decía con miedo: "Gustavo, como no traigas luces en los pinceles, aquí nadie te ve".

ADEL. Pero usted las llevaba, amigo mío.

GUS. Si no en los pinceles, en el alma. De eso estoy seguro y casi orgulloso. ¡Qué júbilo el mío el día aquel en que una cabeza de española, pintada por mí y medio escondida en el salón, excitó la curiosidad de un coleccionista archimillonario hacia mi persona!

ADEL. ¿Y la vendió usted?

GUS. A un precio inverosímil, de ensueño, de cuento infantil. Para hallar medida de mi gozo es menester compararlo con la vanidad loca que me absorbió. ¡Gracias a Dios que había nacido un mortal que iba a pintar algo sublime! Porque hasta ahora nadie había pasado de manchar lienzos y más lienzos sin gracia y sin espíritu. Allí estaba yo para revelarle a la Humanidad el secreto de la pintura. *(Se ríen los dos.)* Declaro que en semejante rasgo me reconocí por mozo de mi generación, que cree también que nadie ha creado nada, ni ha pensado nada, ni ha sentido nada, hasta que ella ha venido al mundo. Pronto sacudí aquella fiebre de vanidad, y ya sé quién soy: un buen muchacho que trabaja y que sueña.

ADEL. Y que vence.

GUS. Allá veremos.

ADEL. ¿De manera que a una cabeza de española debe usted el primer triunfo?

GUS. Precisamente. Y creo que más que por su mérito propio, por el contraste que ofrecía con las negras caricaturas que, a título de cosas españolas, se exhiben por esos mundos de Dios.

ADEL. Es cierto, Gustavo. Algunas he visto.

GUS. Pintura que yo llamo de pandereta para entierros; que nos ultraja en todas partes. Mi española no tenía ni una peina como una torre, ni unos pendientes hasta los hombros, ni unas patillas hasta las sienes, ni mucho menos estaba vestida de máscara. Tampoco me quise ir, como hacen tantos que se dicen artistas y se creen "exquisitos", al pueblo más pobre y oscuro, a buscar en la casa más mísera la mujer más repugnante y más fea, para ofrecerla como prototipo de las de mi raza. No; mi española era bella. Tenía color de salud, una sola rosa en el pelo, y unos ojos en los cuales quise yo poner virtud, fortaleza, heroísmo. Por eso vencí.

ADEL. Y por eso es doblemente sabroso su triunfo. Adelante, adelante.

GUS. Adelante, sí. Aún estoy empezando el camino, que es largo y penoso. Pero bien hayan estos aires triunfales, que me ayudan a andar. *(Vuelve Juanico por la derecha.)*

JUAN. Gustavo, haz el favor. Y usted dispense, caballero.

ADEL. No hay de qué, señor mío.

GUS. ¿Qué me quieres?

JUAN. Doña Olvido, que desea preguntarte una cosa. Chico, la verdad: que quiere oír tu opinión sobre los abanicos sin que este señor esté delante.

GUS. ¡Hombre, por Dios! Yo no me presto a eso...

ADEL. No sea usted criatura, Gustavo. Nada más natural. . ¿Por qué han de confiar en mí como usted?... Para ellos soy un pobre chamarilero a quien han conocido hace tres días. Vaya usted, vaya usted...

GUS. ¡Estos advenedizos!...

JUAN. Ponte en su pellejo, con perdón del señor... Gato escaldado... Ya has visto el chasco del Sajonia.

ADEL. ¡Ah, el Sajonia!...

JUAN. ¡Resulta una sopera de Triana!

GUS. ¡Qué exageración!

JUAN. Poco menos. Y ya verás otro día un famoso cuadro: ¡un Greco! Lo compraron para el salón, luego fué al despacho, después a un pasillo sin luz... y ahora está en el billar esperando que salte una bola y lo haga cisco. ¡Ha sido el timo de los perdigones!

GUS. Y, en cambio, desconfían...

JUAN. No, hombre, no; desconfían por lo mismo.

ADEL. ¡Claro!

GUS. Ea, pues vamos allá. Y en seguida nos marcharemos, ¿no? Yo ya me despedí de don Nilo...

JUAN. Sí; nos iremos adonde quieras. *(A don Adelardo.)* Adiós, señor.

ADEL. Beso a usted la mano.

GUS. Don Adelardo... hasta mañana.

ADEL. ¿Hasta mañana?

GUS. Hasta mañana. Iré por allá. Mis recuerdos.

ADEL. Adiós.

GUS. Adiós. *(Se van por la derecha Gustavo y Juanico. Don Adelardo mira a Gustavo mientras se aleja. Luego, conturbado su espíritu por emociones y pensamientos diversos, se lleva el pañuelo a los ojos como para enjugarse una lágrima. Al fin murmura:)*

ADEL. "Aprended, flores, de mí..." *(Sale por la izquierda don Nilo. Al ver a don Adelardo allí se apresura a saludarlo cortésmente.)*

NILO. ¿Cómo lo han dejado tan solo, señor? ¿Cómo lo pasa usted?

ADEL. Bien, ¿y usted, caballero? Su señora se ha llevado los abanicos que le traje para enseñárselos a su hija. Por eso estoy solo.

NILO. ¡Magnífico, señor! ¡Los abanicos para la vitrina Luis XV! Voy yo a verlos también. Serán cosa linda. Siéntese no más.

ADEL. Se me ocurre, señor, que lo natural es que yo los deje para que ustedes los vean despacio, a todo su sabor y capricho...

NILO. ¡Brava idea!

ADEL. Y se asesoren, si gustan, de las personas inteligentes que les plazca.

NILO. Muy bien; y muy agradecido a la confianza que usted nos muestra.

ADEL. Yo volveré mañana por ellos.

NILO. Cuando guste.

ADEL. Póngame a los pies de su señora y de su hija.

NILO. Sí, señor. Mil gracias. *(Toca un timbre.)* Espere no más. *(Viene por el foro Perico, el criado vestido de turco, a quien le sienta el traje algo mejor que ha dicho Julián, aunque ha nacido en la calle de San Ildefonso. El, sin embargo, lo lleva con cierta tristeza.)*

PERICO. Señor.

NILO. Oye, Perico, acompaña al caballero a la puerta.

ADEL. Buenas tardes. *(Se va por el foro, guiado por el turco de Atocha.)*

NILO. Páselo bien. *(De una caja toma un cigarrillo y lo enciende. En la primera espiral de humo envuelve un suspiro.)* ¡Ay, ay, ay!... Ya no cabe duda: el Sajonia es una batata. *(Después de ciertos pronósticos mentales.)* Lo veo en el billar. *(Suena el timbre del teléfono que hay sobre la mesa.)* Este va a ser Arango. Puede que esté en Bolsa. *(Se pone a hablar por el aparato.)* ¿Quién llama? ¿Quién? Bueno; aquí espero. *(Viene precipitadamente Bebé, por la derecha. A poco sale doña Olvido.)*

BEBE. Déjame a mí, papá; que seguramente va a ser Félix.

NILO. ¿Félix?

BEBE. Sí; me dijo ayer que me llamaría. *(Tomando el aparato y poniéndose al habla.)* ¿Félix? ¿Félix?

OLVI. ¿Es Félix?

NILO. ¡Félix!

BEBE. Félix es. *(Gran regocijo. Don Nilo y doña Olvido escuchan encantados, aunque a medias, la conversación de los novios por teléfono.)*

OLVI. ¿Sucederá algo?

BEBE. No. Callar ahora.—Hola, hombre.—¿Eh?—No

te oigo bien. Parece que estás en un pozo.—Central, cierre la comunicación, que a usted no le importa enterarse.

OLVI. *(A don Nilo.)* Mañana mandas una queja.

NILO. Mandaré dos. Una para mañana y otra para pasado.

BEBE. Callar, por Dios. Entre ustedes y la Central... —¿Cómo?—¡Ay, qué gusto!—Que no me faltes, ¿eh?—Sí.—Sí.—No salgo, no; te espero.

OLVI. ¡Va a venir! ¡va a venir!

BEBE. *(Después de imponerle silencio a su madre.)* ¡Qué bobo!—¡Eres muy bobo!—¡No seas bobo!—¡Pero qué bobo eres!—¡Qué bobo!

OLVI. ¿Qué le dirá, Currete?

NILO. ¡Bobadas!

BEBE. Bueno, sí.—Hasta luego, entonces.—¡Ja, ja, ja!

NILO.
OLVI. } *(Contagiados.)* ¡Ja, ja, ja!

BEBE. No llega.—¡A ver si la Central se enfada!—¡Nada, no llega! *(Doña Olvido le explica por señas a don Nilo que se mandan besos. Don Nilo le da a entender que no necesita explicaciones.)*

OLVI. ¡Qué maravilla de invención!

BEBE. ¡Ja, ja, ja!—Hasta luego, bobísimo.—Hasta luego. *(Deja el aparato plena de dicha.)*

OLVI. *(No menos dichosa.)* ¿Va a venir, verdad?

BEBE. Sí, dentro de un rato. Dice que se fastidia en el Congreso, y que si no salgo, que vendrá.

OLVI. ¡Hija de mi alma! ¡Con qué suerte hemos entrado en Madrid! ¡Te llevas al hombre de moda!

NILO. Sí, por cierto. No hay palabras con que agradecerle al pobre Bonis que se muriera. Digo... ¡vamos!... ¡Pavada! Ya ustedes me entienden. *(Llega por el foro Julián.)*

JULIAN. Señora.

OLVI. ¿Qué?

JULIAN. Que está ahí la profesora de piano que aguardan los señores.

OLVI. ¡Ah! ¡La hija del señor de los abanicos! ¿Se ha ido ese señor?

NILO. Sí. Vendrá mañana.

OLVI. ¿Le decimos a la muchacha que pase?

BEBE. ¡Es un fastidio ahora hablar del piano! Que vuelva otro día.

OLVI. Bueno; que vuelva.

NILO. ¿Con quién viene?

JULIAN. Con otra señorita y un viejo.

BEBE. ¿Otra señorita?

OLVI. Será la hermana.

BEBE. Ay, sí; ésa ha de ser la que se va a meter a cómica. Será muy divertida. Que pasen, que pasen.

OLVI. Ya lo oyes, Julián.

JULIAN. Está bien, señora. *(Vase. Doña Olvido coge un libro y se pone a leer. Bebé hojea un periódico ilustrado de modas y don Nilo fuma sentado olímpicamente mirando al techo. El buen tono se les ha infiltrado en la sangre. Precedidos del propio Julián, que se marcha al momento, aparecen poco después por el foro don Rodrigo, Cristina y Lucita. Visten los tres modestamente. Las muchachas de gorrito y traje sastre.)*

D. ROD. Santas y buenas tardes, señores.

NILO. Pasen, pasen sin miedo alguno.

D. ROD. ¿Eh? *(Mira a don Nilo de arriba abajo.)*

OLVI. Buenas tardes.

NILO. Y siéntense no más.

CRIST. Muchas gracias.

OLVI. Siéntense; no gasten cumplidos.

LUCI. Gracias. *(Se sientan los tres.)*

CRIST. Ya sabemos que papá les ha dicho a ustedes...

BEBE. Sí. *(A Lucita.)* ¿Quién es la profesora: usted?

LUCI. No, señorita: mi hermana.

BEBE. ¿Usted?

CRIST. Para servirla.

BEBE. ¿Cómo se llama usted?

CRIST. Cristina.

BEBE. ¿Y usted?

LUCI. Lucita.

BEBE. Me gusta más Cristina. *(A don Rodrigo.)* ¿Y usted?

D. ROD. Timoteo de segundo nombre y Rodrigo de primero hace setenta años.

BEBE. Es muy divertido este señor.

D. ROD. Humor no falta. A cambio de tantas otras cosas...

OLVI. Del mal el menos, ¿es verdad? Pero ya vendrán tiempos mejores.

CRIST. Vengan o no, con el presente estamos muy conformes nosotros.

D. ROD. Sí, señora, sí. Todo el que trabaja con algún fruto es más fuerte y está más contento que el que se pasa la vida papando moscas.

OLVI. Pues con Bebé tendrá usted que machacar mucho, señorita. Es muy gandula.

CRIST. ¿De veras? ¿No le tiene afición al piano?

BEBE. A veces me aburre a morir y a veces me peta.

CRIST. Yo conseguiré que le pete a usted siempre. El principio es duro y penoso; ya lo sé. Pero de eso usted ya ha pasado. Le queda a usted lo más agradable: aprender los secretos de las teclas, enamorarse de ellas, dominarlas insensiblemente... Cuando esto se consigue, señorita, el piano es un buen compañero... ¡Cuántas cosas va usted a contarle! ¡Y cuántas cosas querrá usted oír... y él se las dirá... a su manera!

BEBE. Ay, mamá, ¿has visto qué simpática? Yo me alegro mucho de que haya venido.

OLVI. ¿Usted les da también lección a las de Piloto?

CRIST. Sí, señora; por las mañanas. Dorita, la menor, adelanta mucho. Es notable. Yo ya empiezo a sentir la satisfacción de sacar discípulas que puedan ser famosas.

BEBE. ¿Y a las Olivares también les da usted lección?

CRIST. También, señorita.

BEBE. ¿Ves, mamá? También a las Olivares.

OLVI. Ya te lo dije yo.

BEBE. Pues ésa es una familia *muy bien.*

D. ROD. ¡Pero *muy bien!*

OLVI. Titi es monísima.

CRIST. Monísima.

BEBE. Y Lela es un encanto.

NILO. Y admirablemente educadas, che.

D. ROD. Indiscutible, señor mío. Hablan el inglés que da gusto, hablan el francés que da gozo, y hablan el español que da grima. No les falta un detalle.

LUCI. ¡Abuelo!

D. ROD. Una de ellas me dijo ayer que en el teatro la otra noche se divirtió "un horror". No lo entiendo. ¡Divertirse "un horror"! No lo entiendo. *(Risas.)*

LUCI. ¿A que va a haber que tirarle de la chaqueta?

BEBE. ¡Qué fresco es el abuelo!

D. ROD. ¡Vaya! No esperaba yo este "succès". *(A Lucita.)* Tú, si ya fueras actriz, me lo habrías envidiado.

LUCI. Yo los tendré mayores, Viejo.

OLVI. ¿Usted es la que quiere ser cómica?

LUCI. Sí, señora; yo. Si me dejan...

D. ROD. Esta, sí. De todo hay en el mundo. Unas no son cómicas y quieren serlo, y otras no lo quieren ser y lo son.

NILO. ¡Je!

LUCI. En mi casa trabajan todos, ¿verdad?, y yo no he de ser menos. No sirvo para nada, no tengo ninguna habilidad, no hago más que discurrir disparates... Y como me gustan tanto las comedias, las cosas del teatro... ¿verdad?, pues me he dicho: a ver si valgo para actriz.

NILO. ¿Y su papá se opone?

LUCI. Claramente, no; pero no lo ve con simpatía.

OLVI. ¿Y el abuelo?

D. ROD. El abuelo, señora, no diré que la alienta, pero no le hace ascos el abuelo a tener una nieta actriz. Está curado de preocupaciones inocentes. En el trabajo de... las "cómicas", señora mía, hay tanta dignidad como en todo trabajo.

Yo, que me burlo de muchas cosas en el mundo, no me burlaré nunca del esfuerzo de nadie por hacer su vida fértil y provechosa.

NILO. ¡Banana! Muy bien dicho. Nota que no siempre chancea el señor.

BEBE. Nosotros estamos haciendo en casa un teatro.

LUCI. ¿Sí?

BEBE. Sí. Para reírnos en los ensayos y luego dar fiestas.

LUCI. Pues a ver si debuto yo en él. Tengo tal ilusión, que me quita el sueño. ¡Es tan bonito! Y va mucho con mi carácter. Ser una noche una gran señora, ¿verdad?, y a la otra una pobre mujer, y a la otra enamorarme de un príncipe, y a la otra de un aviador, y a la otra estar soltera, y a la otra estar casada, y a la otra estar viuda...

D. ROD. Bueno, bueno, Lucita.

LUCI. ¡Y yo, además de las palabras de mi pápel, diré todo lo que se me ocurra siempre!

D. ROD. ¡Ave María Purísima!

NILO. Pues nada, señorita, le brindo a usted el teatro de mi casa para su "début". Desde "ya".

LUCI. Y yo se lo agradezco a usted mucho. ¿Oyes, Cristina? Así me voy soltando. ¿Cómo se llamará el teatro?

OLVI. Teatro Bonis.

D. ROD. Por el hermano del señor.

NILO. Justo: en memoria de mi buen hermano.

OLVI. ¡El pobre Bonis!

BEBE. ¡Pobre tiíto!

D. ROD. Yo fuí muy su amigo en la Habana.

NILO. ¿Qué nos dice, señor? ¿Usted conoció a Bonis?

D. ROD. Y aun compartí con él trabajos y fatigas. ¡Hace ya tanto tiempo!... ¡Andaría él por los veinte años!... Hemos cargado juntos muchos sacos de maíz sobre nuestras espaldas... allá, en aquel muelle... *(Doña Olvido y Bebé se turban.)*

NILO. Eso honra a Bonis.

D. ROD. Sí, señor, y a mí. Por eso lo digo. Me contaba

él, con aquella gracia andaluza que tenía, que los primeros cuartos que ganó en la Habana los ganó dándole vueltas a una noria, en sustitución de un borriquillo que se había muerto. ¡Je! Y decía que se vendaba los ojos y todo para no marearse.

BEBE. ¡Qué divertido!

D. ROD. ¡Mucho! ¡Muy divertido, señorita! En Méjico también nos reunió la suerte en días de prueba. En mi libro de memorias hablo yo de ello. Pusimos allá en los arrabales una cantina, una "pulquería", como ellos le llaman, donde hacía un alto toda la gente más perdida de la ciudad. Hombres y mujeres. ¡Qué chusma iba allí!... *(Bebé y doña Olvido, y aun el propio don Nilo, no pueden disimular la inquietud que el inesperado relato les causa.)* Bonis barría, Bonis fregaba platos, Bonis andaba a puñetazos con los que no querían pagar...

OLVI. *(Saltando.)* ¿Y usted no hacía nada?

D. ROD. Yo, sí; yo llevaba las cuentas porque no me fiaba de Bonis. ¡Je! Las cosas han de decirse claras. Ni Bonis se fiaba de mí, naturalmente. En esas luchas trágicas por la vida tienen los hombres desconfianza de fieras. Luego viene la educación, la cortesía, la lima de los sentimientos... pero cuando se trata de si hay que comer o no hay que comer, nadie se fía de nadie. Esto también lo digo en mis Memorias.

OLVI. *(A Lucita, por cortar la conversación.)* Bueno, ¿quiere usted que veamos el teatrito de casa?

LUCI. ¡Digo! ¿No he de querer?

CRIST. Sí; es una buena idea.

NILO. Aún está en pañales el teatrito.

OLVI. No importa. Verá lo que hay. Venga usted.

NILO. *(A don Rodrigo.)* ¿Quiere usted también verlo?

D. ROD. ¿Por qué no?

BEBE. Yo me quedo aquí con mi profesora para tratar de nuestras lecciones.

CRIST. ¡Ajajá!

OLVI. Por aquí, señorita, por aquí.

LUCI. Vamos. Me interesa muchísimo. *(Se alejan por la izquierda. Las siguen don Rodrigo y don Nilo.)*

D. ROD. Pues, sí; Bonis y yo hemos pasado juntos las negras. Bonis era un hombre especial...

NILO. Lo era; ¡ya lo creo!

D. ROD. Les hablo a ustedes de él porque comprendo cuánto les halaga...

NILO. ¿Cómo no? Vamos.

D. ROD. Vamos. Labrarse una fortuna a pulso, amasarla con la propia sangre, es obra honrosa, obra de héroes... Y el bueno de Bonis...

BEBE. ¿Va usted a venir por la mañana o por la tarde?

CRIST. A elección de usted.

BEBE. Entonces prefiero la mañana.

CRIST. ¿A qué hora?

BEBE. Pero, no; por la tarde; mejor por la tarde. La mañana me la lleva toda la "toilette". Yo no me sé arreglar de prisa. Y luego, ¡tengo una peinadora tan pesada!...

CRIST. Para mí es igual. ¿A qué hora de la tarde vengo?

BEBE. A las tres. ¿No le parece buena hora?

CRIST. Magnífica.

BEBE. Sí, a las tres; que luego tiene una otros quehaceres...

CRIST. Entendido.

BEBE. Mire el piano.

CRIST. Soberbio. Un Erard. *(Tecleando.)* Desafinadillo lo tiene usted.

BEBE. Pues ya ve usted; no lo toca más que el afinador.

CRIST. Ahora hay que hacerlo entrar en actividad.

BEBE. ¿Quiere usted "jugar" alguna pieza, que yo la oiga?

CRIST. Al instante.

BEBE. Me han dicho que toca usted con mucho gusto.

CRIST. Que gusto de tocar, es lo que con razón pueden haberle dicho. ¿Qué toco?

BEBE. Cualquier cosa. Nada callejero, por Dios.

CRIST. Bien. *(Se sienta al piano y queda oculta su figura. Mientras toca con suprema delicadeza la famosa sonata XIV de Beethoven, Bebé, sentada lejos, la escucha con aire distraído.)*

BEBE. ¿Wagner?

CRIST. No; Beethoven. ¿Prefiere usted Wagner?

BEBE. No, no; me es igual. Es que me he confundido. *(Poco después de comenzada la sonata aparece en el foro la apuesta figura de Félix de la Rosa. Desde allí saluda risueño a Bebé, que le indica por señas que calle. Se acerca entonces sigilosamente a ella, le besa la mano, y cambian muy quedito las palabras que siguen:)*

FELIX. ¿Quién toca?

BEBE. La profesora de piano que he tomado.

FELIX. Tengo una novedad que decirte.

BEBE. ¿Cuál?

FELIX. Que estás hoy más bonita que ayer.

BEBE. ¡Qué bobo! ¿Pasarás aquí toda la tarde?

FELIX. Sí.

BEBE. ¿Cenarás con nosotros?

FELIX. No. Pero iré a la noche al Real.

BEBE. Encantada. *(Silencio. La sonata sigue.)*

FELIX. ¿Sabes que toca bien?

BEBE. ¿Te gusta?

FELIX. Mucho.

BEBE. Me alegro. Tú entiendes de todo... *(Félix, con una curiosidad indiferente, valga la frase, se acerca al piano por ver a la persona que toca. Al reconocer de improviso a Cristina sufre una sacudida violenta que en vano quiere disimular. Cristina, por su parte, cuando se ve ante Félix, se levanta sin poder reprimirse, turbado momentáneamente el lindo rostro.)*

FELIX. ¿Eh?

BEBE. ¿Qué? ¿Se ha asustado?

CRIST. Sí... un poco... No había visto que entrase nadie...

BEBE. Toca usted admirablemente.

CRIST. Muchas gracias.

BEBE. La presentaré a usted... La señorita... ¿Cómo me dijo que se llama?

CRIST. Cristina Leal.

BEBE. Mi profesora de piano desde hoy.

FELIX. *(Inclinándose.)* Señorita...

BEBE. Mi... bueno, mi... Don Félix de la Rosa, de quien habrá usted oído hablar mucho en Madrid.

CRIST. Y en todas partes... Y hasta he hablado algunas veces con él.

FELIX. ¿Cómo?

BEBE. ¿Sí? ¿Dónde?

CRIST. En Guadalema. ¿No recuerda usted, de cuando estuvo allí? ¿La familia de los Leales?

FELIX. Ah... sí... *(Reponiéndose enteramente.)* Sí; ya recuerdo. Usted me perdone. No soy nada fisonomista... Además, hace ya algún tiempo... y ha cambiado usted mucho.

CRIST. Mucho. Y usted también.

FELIX. Le repito que me perdone.

CRIST. ¡Por Dios! Está usted perdonado. No tiene importancia. Y sobre todo es tan natural... ¿Cómo había usted de reconocer en la actual profesora de piano de su... de esta señorita, a aquella muchacha a quien conoció usted en Guadalema años atrás, rodeada de todos los halagos de una brillante posición?

BEBE. ¡Las vueltas que da el mundo!

CRIST. A mí este mundo no me parece el mismo: me parece otro. Y mi vida otra vida. Y sin duda lo es.

BEBE. ¿Oyes, Félix? Tiene una hermana muy divertida que quiere ser cómica. Está allá dentro viendo el teatro.

FELIX. ¿Sí? ¿Cuál de ellas?

CRIST. Lucita. ¿La recuerda usted?

FELIX. Ah, Lucita. Sí...

CRIST. Con el abuelo está. También se acordará del Viejo.

FELIX. También.

BEBE. Nosotros protegemos a esta familia, ¿sabes?,

porque nos han sido muy simpáticos. Y yo quiero de ti una cosa.

FELIX. Dalo por hecho, si está en mi mano el complacerte.

BEBE. En tu mano está. Me dijiste el otro día que ibas a volver a la sala de armas desde el mes que viene.

FELIX. En efecto; me hace falta ejercitarme un poco, recobrar la agilidad perdida.

BEBE. Pues un hermano de estas muchachas ha puesto una sala en Madrid, y él es el maestro, y tú vas a ir a ella porque yo lo mando.

FELIX. Te diré...

BEBE. No, no me digas nada. Yo lo mando.

FELIX. Advierte que me coge comprometido... Yo soy discípulo de Mariscal hace tiempo...

BEBE. Pues deja a Mariscal.

CRIST. No, no, por Dios, señorita. Yo estimo la intención de usted... pero sentiría violentar a este caballero.

BEBE. Sin embargo, ¿a su hermano de usted no le convendría...?

CRIST. ¡Figúrese! El nombre de Félix de la Rosa entre los discípulos de mi hermano sería el mejor timbre para su sala... ¡Un nombre tan brillante; de tanto prestigio!... ¡Una persona tan del día!... Pero como ya tiene otro maestro...

BEBE. Lo deja. Se lo mando yo.

CRIST. No, no; permita usted que yo me oponga...

FELIX. Ya hablaremos de eso, Bebé... Yo, por mí, ¿qué querría?... Basta que tú... Pero considera... Ya hablaremos de eso.

BEBE. ¿Es que temes que se enfade Mariscal?... ¡Muy bonito! Lo primero que te pido delante de alguien... Pues elige entre que se enfade Mariscal o me enfade yo.

FELIX. A ese precio... Enfádese quien quiera, yo iré a la sala de Rodrigo.

CRIST. ¿Recuerda el nombre de mi hermano?

FELIX. Sí.

CRIST. Tiene más memoria para los nombres que para las caras... Lo que yo no quiero es que sea un compromiso... Infórmese primero de las condiciones... Los inteligentes dicen que mi hermano es un buen profesor y que su sala está muy bien puesta. A la última. Yo no sé... pero he visto allí sables, he visto espadas, he visto floretes... Los floretes tienen un botón en la punta que los hace completamente inofensivos... Hay también petos... hay caretas...

BEBE. ¿También hay caretas?

CRIST. También.

FELIX. Pues nada, es cosa resuelta, señorita. Iré a esa sala a trabajar.

BEBE. Eso, eso; así me gusta. Los niños, obedientes.

CRIST. Mil gracias.

FELIX. Nada me tiene usted que agradecer.

CRIST. Aunque lo haga usted por complacer a quien complace, yo lo agradezco como si fuera espontáneamente.

BEBE. Era muy bonito lo que tocaba usted al piano. ¿Quiere usted seguir?

FELIX. No...

CRIST. ¿Por qué no? ¡Ahora mismo! Es mi obligación en esta casa. *(Los novios cuchichean. Cristina los mira, y haciendo un esfuerzo de voluntad, vuelve a ocultarse tras el piano y reanuda la interrumpida melodía, que suena en el aire como triste queja de un amor ofendido.)*

BEBE. *(A Félix.)* Siéntate aquí, a mi lado. *(Félix obedece en silencio. Los dos escuchan. Cae muy lentamente el*

TELÓN

ACTO TERCERO

Amplia galería de cristales en la casa, modesta pero decorosa, en que los Leales viven en Madrid. Una puerta a la derecha, y a la izquierda otra, en términos distintos. De frente al público un corredor que por el foro, y hacia la izquierda del actor, lleva al interior de la casa. La puerta de la izquierda conduce a la calle. Muebles adecuados al sitio. Se ve alguno que otro más rico, de la antigua morada de la familia en Guadalema, cuyo contraste con sus actuales compañeros parece como muda protesta de su cambio de posición. Es de día; una semana después del acto segundo.

(Don Rodrigo el Viejo, sentado ante una mesa que provisionalmente ha puesto cerca de la luz, trabaja en sus Memorias y escribe con la mano izquierda. Teresa lee un libro, sentada no lejos de él. Está más linda que estaría en el convento.)

D. ROD. *(Con fruición.)* Así: hasta el pomo. Esto refresca mucho la sangre. Si te pica, te rascas.

TERE. ¡Buenas picardías estarás poniendo!

D. ROD. ¿Picardías? ¡Verdades como el puño! ¿Tú qué lees?

TERE. "Las Moradas", de Santa Teresa.

D. ROD. Ese es otro estilo. *(Por la puerta de la izquierda llega el tío Doroteo. Parece que se ha conservado en alcohol con ropa y todo.)*

DORO. ¿Se labora, eh?

TERE. El Viejo. Yo, no.

DORO. ¿Tú descansas? ¿Cómo va la salud, alfeñique?

TERE. Como siempre, tío: bien. Si lo de ayer tarde no fué nada. Un poco de frío; el malestar de la noche en vela...

DORO. A propósito: esa buena señora a quien tú asistes de hermanita de la Caridad, ¿es Palomares de segundo apellido?

TERE. ¿Doña Guillermina? Sí, señor.

DORO. De segundo, no de tercero.

TERE. Tanto no puedo asegurarle.

DORO. Pues entérate bien, muñeca. Ten la bondad.

D. ROD. ¡Hola, hola! ¿Vas a descubrir algún crimen impune?, ¿algún tesoro oculto?

DORO. Lo que fuere sonará. Me voy a mi chiribitil. ¿Ha venido alguien a buscarme?

D. ROD. Sí; mucha gente.

DORO. ¿Mucha?

D. ROD. Un caballerizo de Palacio, el ministro de Hacienda, el Nuncio de Su Santidad...

DORO. *(Aceptando la broma.)* ¿También el Nuncio, Viejo?

D. ROD. También. Por cierto que el animal del portero lo mandó por la escalera interior.

DORO. Vendría de trapillo.

TERE. ¿A ver si voy a tener que enfadarme?

DORO. Eso díselo al Viejo, que de todo se burla. *(Vase solemnemente corredor arriba y desaparece por el foro.)*

TERE. No sé cómo puedes escribir aquí, Viejo.

D. ROD. ¡Psche! Lo mismo me da un sitio que otro. Y en esta galería hay muy buena luz. Mi cuarto es una cueva. Quien como yo ha sido dos años periodista "illo tempore", capaz es de escribir un artículo financiero en medio de la Puerta del Sol. ¡Je!

TERE. Sin embargo, eso de las memorias íntimas parece cosa que haya de escribirse muy a solas y muy encerrado.

D. ROD. No lo creas. Así desde un principio les va dando el aire que luego ellas han de levantar. Hoy he acabado un capitulito, que estoy limando ahora, y que me ha salido redondo como una pompa de jabón. Escucha el epígrafe: *(Lee.)* "Capítulo... tal. En el que se describe, analiza y demuestra cómo don Cristóbal de los Santos Almendralejo, conde de Peña y Pico, merced a enjuagues y chanchullos, si que también a documentos falsos, se quedó con un cortijo que era de mi abuelo."

TERE. ¡Jesús!

D. ROD. ¡La familia se va a morir de risa! Pero la

verdad es la verdad. *(Después de releer algunos conceptos entre dientes.)*

"... Y perdone que no firmo,
porque mis mesmas razones
dicen que yo las escribo."

(Asoma Angustias, criadita de la casa, en la puerta de la izquierda.)

ANGUS. Señorita.
TERE. ¿Qué quieres?
ANGUS. De parte de doña Guillermina, que suba usted.
TERE. Allá voy.
D. ROD. ¡Sí que abusa de los cuatro cuartos que te da la buena señora!
TERE. ¡Pobrecita! Está enferma. Hasta luego.
D. ROD. Anda con Dios.
TERE. *(A don Adelardo, que sale por la puerta de la derecha.)* Hasta luego, papá. Voy otra vez arriba.
ADEL. Adiós, nena. Angustias, la señorita Luz la llama. Está en su cuarto.
ANGUS. En seguida voy. *(Teresa se marcha por la puerta de la izquierda, y Angustias, por la de la derecha.)*
ADEL. ¿Quieres algo de la calle, Viejo?
D. ROD. No. Creo que saldré con Lucita dentro de un ratillo. Muy risueño te veo, "Fray Fantástico".
ADEL. Sí, señor. Lo estoy.
D. ROD. ¿Negocio en puerta?
ADEL. Te lo confesaré, aunque te rías de mis ilusiones, como siempre.
D. ROD. No temas.
ADEL. Alguna vez había yo de dar con una ganga. ¡He encontrado un Goya!
D. ROD. ¿Un Goya?
ADEL. ¡Lo tengo en mi poder, en mis manos!
D. ROD. ¿Estás seguro de que es auténtico?
ADEL. De los propios pinceles de don Francisco Goya y Lucientes. He tropezado con él en casa de una pobre señora que está haciendo almo-

neda. Un chalán le ofrecía quince duros, y todavía regateaba. Si no llego a tiempo, deja a la infeliz sin esa fortuna, y a mí, sin el negocio.

D. ROD. ¡Vaya!

ADEL. Cuando me oyó decir que podía ser cosa de muchísimos miles de duros, se echó a llorar y me dió un beso.

D. ROD. ¿De manera que es negocio... y conquista?

ADEL. ¡Tiene setenta años! Sin sueño estoy, papá. De esta hecha nos ponemos a flote.

D. ROD. ¿Y no será esto al fin como los mármoles de Itálica?

ADEL. No, no; ahora no me equivoco.

D. ROD. ¿Como la chimenea plateresca?

ADEL. No, no; te digo que no.

D. ROD. ¿Como las tablas del siglo XV?

ADEL. ¡No me las recuerdes! Esta vez piso en tierra firme, Viejo. También los ilusos topamos de cuando en cuando con la realidad y sabemos abrazarnos a ella. Hasta luego. Ya lo verás, ya lo verás... Lo he llevado a casa de Revilla para que lo limpie y le ponga un marco a propósito... Lo voy a exponer en el centro... Voy a hacer una propaganda digna del hallazgo... Esto es hecho, esto es hecho... ¡Se pintó ese cuadro para salvar a los Leales! Hasta luego, Viejo. *(Se va por la puerta de la izquierda.)*

D. ROD. Anda con Dios, hombre, anda con Dios. Ha dicho un satírico poeta que las ilusiones son crisálidas de desengaños... Para este hijo mío, los desengaños son crisálidas de ilusiones... Vamos con el capítulo siguiente. *(Sale por el foro Lucita.)*

LUCI. Acaba de decirme el tío Doroteo, porque le pregunté si hacía buena tarde, que más vale honra sin barcos que barcos sin honra. ¡Ja, ja, ja!

D. ROD. ¡Tate! ¡La hoja de ayer!

LUCI. ¿Cómo?

D. ROD. ¡La hoja de ayer de su calendario! ¡Ya estoy

seguro! ¡Ya he dado con la mina de su erudición! ¡Es para morirse de risa!

LUCI. ¿Qué dices, Viejo?

D. ROD. ¡Evidente! Esta mañana lo he comentado con Cristina y Rodrigo. Quería yo explicarme de alguna manera esa manía de citar a tontas y a locas, venga o no venga a pelo, que tanta gracia nos hace a todos, y por fin he encontrado la explicación. Un hombre que tan pronto te sorprende con una máxima de Sócrates, como con una receta de cocina, como con una anécdota de Diderot, con un cantar baturro o con una fuga de vocales, tenía que beber en fuentes muy extrañas. ¡Y las fuentes son las hojas del almanaque de su cuarto! ¡Je!

LUCI. *(Riéndose.)* ¿Es posible?

D. ROD. ¡Seguro, ya te digo! Lo podemos comprobar a poca costa. A ti te acaba de encajar lo de los barcos, que yo leí en la hoja de ayer. Esta mañana, en una breve ausencia suya, que aceché a propósito, me colé en su escondrijo y leí también, sin arrancarla, la hoja de hoy, día 13. Dice así: "El ideal de belleza para el sapo, es la *sapa.—Voltaire.*" Tú verás cómo no acaba el día sin que pretenda deslumbrarnos con esa frase. Y como la cite..., ya no hay duda: ¡le hemos descubierto la biblioteca!

LUCI. ¡Ay, qué gracia tiene! Y está bien la frase: "El ideal de belleza para el sapo, es la *sapa.*" Eso quiere decir que cada cual juzga según quién es; ¿no, Viejo?

D. ROD. Cabalito.

LUCI. ¿Te estorbo si me quedo?

D. ROD. Sí.

LUCI. Pues me quedo, entonces.

D. ROD. Por eso te he contestado que sí: para que te quedes. ¡Siempre me llevas la contraria!

LUCI. Descansa un poco y te diré una cosa primero que a nadie.

D. ROD. Vamos a ver. Echaremos un cigarrillo mientras.

LUCI. ¿Sabes que ya no quiero ser actriz?

D. ROD. Lo sabía desde que te empeñaste en serlo.

LUCI. No, no; lo he resuelto anoche. Nos llevó Rodrigo al teatro, y pasé un rato horrible.

D. ROD. Explica eso.

LUCI. Salió a escena una muchachita, que si no trabajaba por primera vez, lo parecía. Yo la veía luchar con el miedo. Estaba pálida, ¿verdad?, a pesar de los afeites y de la pintura. Temblaba como si su trabajo fuese un delito... Tenía cara de hambre..., se adivinaban lágrimas detrás de sus ojos... Y unos señoritos que había en un palco..., bueno, unos... vestidos de señoritos, ¿verdad?, la emprendieron con ella, y no paraban de toser, de reírse, de decir cosas en alta voz para desconcertarla y aturdirla. Los hubiera matado, Viejo. Antes de terminar una escena, la infeliz se echó a llorar y se metió entre bastidores... Entonces aplaudieron unos, silbaron otros... ¡Qué escándalo! Sentí una lástima de la pobre muchacha, un asco de aquello, una tristeza, una piedad..., un temor tan grande... No quiero, no quiero ser actriz.

D. ROD. Haces bien.

LUCI. Ahora voy a escribir comedias.

D. ROD. ¡Sopla!

LUCI. Así, así.

D. ROD. Pues también vas a tropezar con los señoritos del palco.

LUCI. Sí; pero no me ven la cara. Ni yo los veo. Esto de mis comedias tiene su porqué. De ese modo trabajo en algo, como todos vosotros; desfogo la imaginación y hago que mis personajes digan lo que yo quiero, y no tengo yo que decir, como si hubiera sido actriz, lo que pensaron otros.

D. ROD. ¡Bravo, bravo! Muy razonable, como todo lo que se te ocurre.

LUCI. Te advierto que ya llevo muy adelantada una obra importantísima.

D. ROD. ¿Ya?

LUCI. Y esta mañana se me ha ocurrido escribir otra.

D. ROD. ¿Otra?

LUCI. ¡Con todo lo que a nosotros nos está pasando!

D. ROD. ¡Muchacha! ¿Vas a sacarnos a la vergüenza?

LUCI. ¡Cambiando los nombres, por supuesto! ¿Tú crees que esa comedia le gustaría al público?

D. ROD. Según como la hicieras tú.

LUCI. ¡Tal y como nos ha pasado a nosotros! ¡Si es una comedia que está hecha! Una familia rica, ¿verdad?, que se arruina, que se puede hundir, y que trabajando todos a una, se salva. ¿No es bonito?

D. ROD. Para mí, precioso. Es la comedia de mi vida entera.

LUCI. ¿Lo ves? ¡Claro que yo sacaré un viejo así como tú, gruñón, que diga frescas, para que la gente se ría!

D. ROD. ¿Ah, sí? ¿Me vas a sacar de personaje cómico?

LUCI. Cómico y serio: las dos cosas. ¡Como tú eres! Tú déjame a mí.

D. ROD. Sí, sí; descuida, que no te cortaré las alas.

LUCI. Y sacaré también a Cristina. Ya tengo el nombre. Le voy a llamar Justa. Y haré una escena muy interesante con lo que le ha sucedido con su novio en casa de Bebé. Y habrá también lo del hermano, y la sala de armas...

D. ROD. ¡Admirable!

LUCI. ¡Como Félix viene a la de Rodrigo! Y he pensado una cosa que no ha pasado todavía, pero que se me ha ocurrido a mí.

D. ROD. ¿A ver?

LUCI. El hermano de Justa, que se va a llamar Sinibaldo o Leoncio, al verse frente a frente del hombre que tanto hizo padecer a su hermana, le obliga a quitarle el botón a la espada; él hace lo mismo, y lo atraviesa en un asalto. ¿Qué te parece?

D. ROD. ¡Hija, que ojalá sea eso lo único que no arranques de la realidad en tu obra!

LUCI. ¿Crees que no gustaría? Yo he visto en el teatro que siempre que matan a uno o se muere de muerte natural, el público aplaude.

D. ROD. Sí. No en balde el teatro quiere ser copia de la vida. Y en la vida pasa eso mismo: el aplauso a todo el que cierra el ojo no falta nunca.

LUCI. Ya verás, Viejo, ya verás. ¡Pues anda, que la otra que ya llevo tan adelantada...!

D. ROD. ¿Qué asunto tiene? ¿Con quién la has tomado en esa otra?

LUCI. Es un secreto. No te puedo decir más que el título.

D. ROD. Dímelo.

LUCI. Se titula "Monsieur Clémentier".

D. ROD. "¿Monsieur Clémentier?"

LUCI. ¿Te suena?

D. ROD. Mucho. Pero no como título de comedia, sino como algo más.

LUCI. Lo que te pasa es que recuerdas una pregunta que hizo Gustavo el día que estuvo a vernos.

D. ROD. ¡Eso es! ¡Por un monsieur Clémentier preguntó Gustavo!

LUCI. Y ninguno aquí lo conocía.

D. ROD. ¿Y tú, sí?

LUCI. Yo, sí; yo ya lo conozco. Y además me sonó bien el nombre para título de mi obra.

D. ROD. ¡Qué paparrucha! ¿Cuándo vuelve Gustavo de Guadalema?

LUCI. Debe de estar de vuelta ya. *(Por el corredor viene Rodrigo en traje de profesor de armas.)*

D. ROD. ¡Oh! ¡El maestro! Su excelencia el espadachín.

ROD. *(Sentándose en una mecedora.)* El espadachín, que no puede ya con su cuerpo.

LUCI. Deja un rato la sala, hombre.

ROD. Si a eso vengo aquí: a olvidarme de que tengo sala, a descansar unos minutos.

D. ROD. He ahí un placer vedado a los gandules.

ROD. ¿Cuál, Viejo?

D. ROD. El placer de cansarse para descansar.

ROD. Pues existe: doy fe.

LUCI. ¡Pobrecito! ¡Cómo está sudando!

ROD. Me he llevado daíe que le das hasta ahora.

D. ROD. Que sude, que sude; eso es bueno. Eso purga, eso limpia la sangre. La salud también cuesta trabajo. *(Llega Cristina de la calle por la puerta de la izquierda.)*

CRIST. Hola.

LUCI. Ven con Dios.

CRIST. ¡Magnífica tarde tenemos! Calor hace. *(Se quita el gorrito.)*

ROD. Dímelo a mí. Entre el ejercicio y la temperatura...

CRIST. Buenos colores te han sacado.

D. ROD. Los que sólo se logran cuando se juntan la salud del cuerpo y la del espíritu.

LUCI. ¿Y cuándo se juntan, Viejo?

D. ROD. Cuando se trabaja, cuando se merece la vida, y, sobre todo, la fortuna. Se debe gozar como gracia de lo que es de todos: el sol, el cielo, el aire. La fortuna hay que merecerla.

ROD. ¿Eso es del almanaque del tío Doroteo?

D. ROD. No. Esto es de un almanaque..., al que llevo setenta años arrancándole hojas.

ROD. Y es verdad lo que dices, Viejo. Yo lo observo en mí. Si me sorprendo mil veces ahora viéndome trabajar, mucho más me sorprendo de hallarme contento porque trabajo. Esta satisfacción de que mi vida no sea estéril, de ganármela yo con mi esfuerzo, la desconocía.

D. ROD. Pues no hay miel más rica, Rodrigo. Los vagos, los ociosos, los holgazanes nos compadecen a los que trabajamos. ¡Infelices! ¿Qué sentimiento no será el nuestro ante sus horas eternas, ante sus días monótonos, vacíos, insustanciales, envenenados por la pereza y el tedio? Para ellos, la vida es sólo un espectáculo exterior; para nosotros es algo íntimo, profundo, sabroso.

CRIST. Hablas como un libro.

LUCI. Yo estoy tomando notas... para lo que me sé y me callo.

CRIST. Sí; para tu comedia de la familia.

LUCI. Ríete. Yo te daré comedias a ti. Al tiempo.

ROD. ¿Sabes quién está ahora en la sala, Cristina?

CRIST. ¿Quién?

ROD. Félix de la Rosa.

CRIST. ¿Sí? ¿Por dónde habrá venido? Cuando yo salí de casa de Bebé allí quedaba, y ahora mismo vengo de allí...

LUCI. Esto sí que va a parecer inverosímil en mi obra: que tú le des lecciones de esgrima al que fué novio de ésta, y que ésta le enseñe el piano a la que es novia de él.

CRIST. ¿Por qué? La vida está llena de estos absurdos... tan naturales.

ROD. Pues, hija, yo de mí sé decir que me pellizco y no lo creo. Cuando era tu novio me era muy antipático ya. ¿Cómo puedo ahora, si recuerdo lo que por él sufriste, tenerlo frente a frente y tratarlo sin violencia, con cortesía, en lugar de quitarle el botón a mi espada y atravesarlo?

LUCI. ¿Eh, Viejo?

D. ROD. Ya, ya oigo.

CRIST. ¿Qué?

LUCI. Una situación de mi comedia. Me voy a hacer famosa.

CRIST. ¡Por Dios, Lucita! ¡Que tu comedia no sea drama! Y si en ella me pintas a mí frente a ese hombre, píntame con verdad: serena, tranquila, contenta... Contenta, sí, de haberlo conocido a tiempo.

D. ROD. ¡Ole!

CRIST. No te rías.

D. ROD. No me río, no; me alegro de oírte.

CRIST. ¿Queréis creer que le mortifica profundamente, hasta no poder disimularlo, cuando nos encontramos en casa de Bebé, el reposo con que le hablo, la indiferencia con que lo veo galantear a su novia? Aún no ha logrado acostumbrarse su vanidad. Y cuando la novia tiene alguna salida ridícula...

D. ROD. Que es cada vez que habla...

CRIST. ¡Cómo le hiere la burla de mis ojos!

LUCI. Bien castigado está con los "Perejiles". *(A don Rodrigo.)* Sst... El tío Doroteo. *(Aparece, en efecto, éste por el corredor, dispuesto para irse a la calle. De pronto hace como que ve a la familia y se detiene.)*

DORO. ¿Consejo de familia?

D. ROD. Consejillo.

ROD. ¿Se va usted otra vez?

DORO. Y tendré que entrar y salir todavía más de veinte veces. Tu padre se ha empeñado en no poner teléfono...

D. ROD. ¿Dónde vas ahora?

DORO. A echar una firma para que saquen a un pobre hombre de la cárcel. *(Consultando el reloj.)* Por cierto que me había citado con Carrascal a las cinco y se me ha pasado la hora.

D. ROD. Toma un coche.

DORO. Ya, ni en un coche llego.

D. ROD. ¡Pues toma dos!, como dijo el otro. *(Risas.)*

DORO. *(Batiendo palmas.)* ¡Bien! ¡Muy bien! Yo no solamente río, sino que aplaudo. Reconozco tu vena de buena ley.

D. ROD. Hombre, yo empleo mi ingenio, o el ajeno, según aquél a quien me dirijo; única manera de ser comprendido enteramente.

DORO. Cierto, cierto.

D. ROD. Si a un ser chabacano le digo una fineza, no la percibe.

DORO. ¡Claro es!

D. ROD. Y al contrario. *(Les guiña a los nietos.)* Porque, en resumidas cuentas, Dororeíllo, nadie entiende bien más que lo que coincide con aquello que lleva dentro.

DORO. ¡Oh, qué verdad tan grande! Ya lo dijo Voltaire ingeniosamente.

LUCI. ¿Quién?

DORO. Voltaire: "El ideal de belleza para el sapo, es la *sapa.*" *(Risas generales, que desconciertan un punto al erudito.)*

LUCI. ¿Conque la *sapa?*

DORO. Sí, muñeca, sí; ¿de qué os reís tanto?

D. ROD. De nada, de nada. ¡Cuidado cómo se lo dices. Lucita! *(Se va riéndose por la puerta de la derecha.)*

DORO. ¿Hola? ¿Se conspira contra el tío Doroteo?

LUCI. No, tío, no. Pero "Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra". *(Corre tras el Viejo, muerta de risa.)*

DORO. ¿Eh? Primera vez que no calo el sentido de una chanzoneta.

ROD. Tío Doroteo, los tiempos modernos son de investigación y de análisis, y no hay tesoro que pueda estar oculto. Vamos a trabajar. *(Se aleja por el foro.)*

DORO. Que me emplumen si entiendo jota. ¡Hombre! ¡La carpeta del Viejo a mano! Aquí te pillo, aquí te cojo.

CRIST. ¿Qué va usted a hacer?

DORO. Justicia seca. *(Saca del bolsillo una lupa.)* Pocas ganas que le tenía yo a este mapita.

CRIST. ¡Ah, vamos!... *(El tío Doroteo se sienta un instante a la mesa, examina con la lupa el mapa de la carpeta del Viejo y raspa el nombre de Guadalema con un cortaplumas.)*

DORO. Guadalema.., Guadalema... ¿Dónde estás tú, pueblo ingrato, que haces a los hombres y los gastas? ¡Al pelo! No queda ni señal.

CRIST. Enhorabuena, tío.

DORO. Gracias, pequeña. Hoy tengo un buen día. Llevo tres. Uno en una antesala de Instrucción pública; otro en un librote del Ateneo, y otro en el kilométrico de un amigo. ¡Fuera, fuera del mapa Guadalema! Hasta luego. *(Se va por la puerta de la izquierda.)*

CRIST. Vaya usted con Dios. ¿Qué es esto?... ¿Las cuartillas de las Memorias? *(Por el foro aparece Félix, que acechaba la ocasión de hablar con Cristina. Al verla sola, baja por el corredor hasta ella. Cristina hojea con interés las cuartillas del Viejo.)*

FELIX. ¡Ah! Por fin... Estoy de suerte.
CRIST. ¿Quién?
FELIX. Yo.
CRIST. *(Sorprendida.)* ¡Félix! *(Sonriendo.)* ¡Félix!
FELIX. ¿Es hora ya de que hablemos, Cristina?
CRIST. ¿De que hablemos?
FELIX. Sí; de que hablemos nosotros; sin testigo alguno.
CRIST. No entiendo, Félix...
FELIX. Comprende que si he venido a la sala de armas de tu hermano ha sido por acechar este momento...
CRIST. ¿Por acechar?... No me pasó por la imaginación semejante cosa. Ni podía pasarme..., dada la persona de quien partió la indicación de que vinieras.
FELIX. Bien, bien. Hablemos antes de que alguien llegue.
CRIST. ¿De qué me tiene usted que hablar?
FELIX. Sustituye el usted, Cristina: te lo ruego. Tú por tú, como siempre.
CRIST. Como siempre, no. Pero, en fin, da lo mismo. ¿Qué quieres?
FELIX. Así.
CRIST. En casa de tu novia no te traté con esta familiaridad porque como no me conociste de pronto... Y por otras razones. Allí, cuando nos hemos visto de nuevo, nos hemos tratado con toda ceremonia. ¿Vas a establecer desde hoy esta confianza que me pides?
FELIX. No; allí, no.
CRIST. Pues aquí, tampoco. Lo mismo que le hablo a usted aquí le hablaré en todas partes. Usted es para mí la misma persona, esté donde esté, Félix. Y que no sé fingir..., bien lo sabe usted. Bien lo sabes tú.
FELIX. Comprende...
CRIST. Es inútil. Ese tratamiento de dos caras quédese para tu Congreso.
FELIX. Bueno, sí; esto es pueril, después de todo. Tratémonos como nos debemos tratar.

CRIST. Conformes. ¿Qué me quieres ahora? ¿A qué vienes en busca mía?

FELIX. A suplicarte que me escuches, porque lo necesito. Cristina, desde que te vi en aquella casa y de aquella manera, mi espíritu no vive en paz.

CRIST. Yo creí que eso hubiera sido antes.

FELIX. Pues ha sido ahora.

CRIST. Pues mira qué distintos somos tú y yo.

FELIX. No sospechaba, te lo juro, que nada en el mundo pudiera ocasionarme este trastorno. Sentía yo como que mi pecho era un inmenso alcázar, sostenido en sus cimientos por mi voluntad; por mi voluntad siempre firme, independiente, poderosa..., y ha bastado tu sola presencia, resignada, alegre y humilde, para que los cimientos vacilen, los muros tiemblen y el alcázar se tambalee.

CRIST. Ten en cuenta que aquí no hay taquígrafos.

FELIX. No te burles, Cristina.

CRIST. ¿No he de burlarme, Félix? ¿Qué personaje es ése—tú que has leído tanto—que dice aquello de "palabras, palabras, palabras..."?

FELIX. Hamlet.

CRIST. Pues ahora Hamlet soy yo, y te digo lo mismo: palabras, palabras, palabras...

FELIX. Palabras, sí; pero esta vez con un alma dentro.

CRIST. No me interesa el alma.

FELIX. Oyela.

CRIST. ¿Para qué?

FELIX. ¿Tanto me desprecias?

CRIST. Tanto te conozco. Esto que me inspiras tú no es desprecio. El desprecio, al fin y al cabo, significa un poco de sentimiento. Y esto no. Esto mío ante ti no es nada; nada. Te separé de mi vida y no existes. Triunfas: bueno. Te hundes: igual. Te casas: bien. No te casas: lo mismo. No existes.

FELIX. ¿Que no existo yo para ti, Cristina?

CRIST. Sin tomarlo en drama. ¿Ni de qué te sorpren-

des? ¿Tú no hiciste cuenta de que yo no existía para ti cuando me dejaste porque me quedé sin fortuna?

FELIX. ¡Por eso no!

CRIST. Por eso nada más. No atribuyas pecado tan feo a otras pasiones del corazón, que en ser pasiones tienen ya disculpa. Ni me abandonaste por celos, ni por desdenes míos, ni porque te enloqueciera otra mujer: me abandonaste porque me quedé sin fortuna.

FELIX. ¡Te repito que no es así!

CRIST. Y fué mi dolor tan tremendo, me costó lágrimas tan amargas, que tuve que pensar: o se muere él, o me muero yo. Y como yo debía vivir para los míos, decidí que te murieras tú. Ya te digo: no existes. Tu vanidad esto no lo concibe, no puede comprenderlo; pero te estoy hablando de verdad, como siempre: no existes.

FELIX. Tú, en cambio, Cristina, has recobrado para mí nueva existencia, que conturba la mía.

CRIST. Eso no lo dudo. ¡Vale tanto aquella casa de los Pérez de Gil!...

FELIX. Te equivocas. Nada me importa la casa aquélla ante estos sentimientos nuevos de mi alma. Puedes creerme. Eres tú, tú sola, quien estremece mi conciencia, quien angustia mi corazón, llenando mis noches de acusaciones y de remordimientos. Yo no soy un hombre degradado, como tú me juzgas, aunque te lo haya parecido, Cristina. La prueba de ello es que no he podido mirarte indiferente; que te vi y temblé; que me hablaste y temblé; que estoy temblando ahora al lado tuyo.

CRIST. Serénate, por Dios.

FELIX. Te suplico que dejes el tono de burla.

CRIST. No puedo. Callaré.

FELIX. Quiero que me contestes a esto: esa anulación de mi persona con que me confundes, este desdén, que sin duda merezco ahora, ¿no esperas tú que yo consiga nunca trocarlos siquiera en una dulce estimación cordial?

CRIST. Nunca.

FELIX. ¿No crees que ése pudiera ser el camino para volver a aquellas horas inolvidables?

CRIST. Nunca.

FELIX. ¿Nunca, Cristina?

CRIST. Nunca, Félix. Pero sin drama, sin desplantes. Tú hablas como tus políticos, que dicen: "¡Nunca!" por la mañana, y por la noche: "Bueno; hay que transigir". Yo digo nunca, casi sin voz, y ya verás cómo de veras nunca intento desenterrar lo que está bien enterrado y bien muerto.

FELIX. Eres implacable, cruel.

CRIST. Es lo único que he aprendido de ti. No recoges sino lo que sembraste.

FELIX. ¡Mentira parece que de aquel gran amor, del que en mi corazón he sentido avivarse el rescoldo, no queden en el tuyo más que las cenizas!

CRIST. No, Félix; ni las cenizas quedan. Ya me cuidé yo bien de aventarlas.

FELIX. Entonces, Cristina, un favor te quiero pedir. Un favor y bien grande.

CRIST. Dime.

FELIX. Que procures que yo no te encuentre.

CRIST. Recuerda que has venido a buscarme tú.

FELIX. Creyendo que eras otra.

CRIST. Pues ya has visto que soy la misma.

FELIX. Ni me has entendido del todo. No es sólo en tu casa donde yo te puedo encontrar.

CRIST. ¡Ah, vamos! También en casa de Bebé... Ahí entra la verdad de la historia — dijo Sancho Panza—. Yo también cito a veces. A esto es a lo que has venido tú aquí.

FELIX. No. He venido, ante todo, a confesarte las torturas de mi alma y los impulsos de mi corazón, Cristina. Te he admirado al hallarte en tu nuevo ser, y he soñado en transfigurarme y salvarme volviendo a aquel amor de otros días. Tú me rechazas. No merezco salvación, por lo visto. Duro castigo impone el amor a quien

lo traiciona. Tal vez sea que no me comprendes. Si todo se comprendiera, todo se perdonaría. Pero lo que no puede ser, lo que yo no resisto, es verte un día y otro junto a mí, frente a mí, al lado de otra mujer que me tiene por suyo, ejerciendo una profesión que te humilla a mis ojos.

CRIST. Nada más que a los tuyos, Félix.

FELIX. Que a tus ojos me humilla a mí.

CRIST. Eso está más claro. Y descuida, que te evitaré la mortificación de hoy en adelante. Todo tuviera tan fácil arreglo. Buscaré un pretexto para dejar la lección de aquella casa.

FELIX. Yo...

CRIST. Me anticipo a lo que vas a decir. No me perjudica. Felizmente, las cosas van bien. Además, me alegro, porque tu novia no le tiene afición a nada, y menos al piano. De modo que contentos los dos. Mejor dicho, los tres. ¿No, Félix?

FELIX. Yo, no.

CRIST. Ya se te pasará. Mírate en mi espejo.

FELIX. Jamás pude creer en esta frialdad que en ti hallo.

CRIST. Pues ¿qué querías, hombre? Vuelven a hablar tu vanidad y tu egoísmo. ¿No te he dicho ya, para satisfacción de la una y del otro, que mi dolor primero me arrancó también las primeras lágrimas de mi vida? Me enseñaste a llorar; lloré por tu causa, y aún te quejas. Has oído que creí morirme por ti..., y aún te quejas. ¿Qué querías? ¿Mi vida entera ensombrecida por tu traición? No mereces tanto. Ni siquiera aquellas lágrimas mereces: las merecía el amor que yo puse en ti.

FELIX. Cristina...

CRIST. Déjame.

FELIX. ¿Lloras?

CRIST. Sí; otra vez lloro.

FELIX. ¿Por mí?

CRIST. Por aquel amor que en mí mataste.

FELIX. ¡Benditas lágrimas!

CRIST. Son las últimas: yo te lo aseguro. Pero era de justicia que tú las vieses. Adiós, Félix.

FELIX. Cristina...

CRIST. Adiós. *(Entrase por la puerta de la derecha. Félix la mira irse, y luego permanece unos instantes reflexivo, exclamando al fin:)*

FELIX. Como una seda; como si estuviera ensayada la escenita... *(Pausa.)* Es una heroína esta mujer. *(Nueva pausa. Golpeándose suavemente en el pecho.)* Y tú, lucecita romántica, que estás temblando por vivir en mi corazón, apágate..., apágate ya. ¡Apágate ya para siempre! *(Llega Gustavo por la puerta de la derecha. La presencia de Félix le sorprende en extremo, le contraría y le disgusta.)*

GUS. *(Dentro aún.)* Aquí espero.

FELIX. ¿Quién? *(Viendo a Gustavo.)* ¡Oh! ¡Mi amigo!

GUS. ¡Señor de la Rosa! ¿Usted aquí?

FELIX. ¿Cómo va?

GUS. Bien, ¿y usted?

FELIX. Usted estaba en el extranjero, ¿no?

GUS. En París estaba. Y allá volveré pronto.

FELIX. ¿Se trabaja mucho?

GUS. Bastante.

FELIX. Es la imperiosa necesidad del siglo. La lucha es enconada, creciente. El trabajo tiene que ser rudo, intenso, brutal. Por eso se agotan tan pronto los hombres modernos.

GUS. Sí.

FELIX. ¿Ha extrañado usted hallarme en esta casa, verdad?

GUS. Sí, señor; no debo ocultárselo.

FELIX. Vengo a la sala de Rodrigo.

GUS. Ya.

FELIX Y ahora salí un momento de ella, tropecé aquí a Cristina y hemos estado de palique.

GUS. ¿Cristina y usted?

FELIX. Sí. ¡Qué pequeño es el mundo, qué pueriles algunos afectos, qué corta la vida!... ¡Bah!

Todo es nada, en última consecuencia. *(Sale por la puerta de la derecha don Rodrigo.)*

D. ROD. ¡Tanto bueno y tanto malo por aquí!

GUS. ¡Don Rodrigo!

FELIX. ¡Señor don Rodrigo!

D. ROD. *(A Félix.)* Lo bueno es usted, y lo malo, este pintamonas.

FELIX. Ya, ya.

D. ROD. ¡Gloriosa campaña lleva usted en el Congreso, amiguito! La otra tarde tuve el honor de escucharle.

FELIX. ¡Psché! Allí siempre charlando y mintiendo. Engañando al pobre país.

D. ROD. Basta que usted lo diga. Pero, en fin, se le engaña con caramelos, con elocuencia. Usted tiene un pico de oro.

FELIX. ¡Bah!

D. ROD. Sí, sí. Y un arte singular para concluir sus oraciones.

FELIX. ¡Oh! Acabar bien es triunfar siempre. Hay que cuidar los "mutis", como los cómicos.

GUS. Sí; ya que todo es comedia...

D. ROD. Hermoso fué aquello de: "¡El país se agota, el país se extingue, el país se muere! ¡Auscultemos con atento oído su pecho para sentir uno a uno los latidos de su corazón; y si nuestro oído, por torpe o inerte, no los percibe, demandemos de los propios labios del enfermo la siniestra relación de sus dolores!" ¡Bravo, bravo! ¿No fué una cosa así?

FELIX. Sí, señor; ésa fué la idea.

D. ROD. A mí me recordó, sin desdoro para la elocuencia de usted, a aquel famoso médico de Utrera que al entrar en el cuarto de todo enfermo, siempre le decía: "¡Si tienes calentura, no me lo niegues!" *(Gustavo ríe de buena gana. Félix no tanto.)*

FELIX. Usted siempre satírico, señor don Rodrigo. *(A Gustavo.)* El Juvenal de Guadalema.

D. ROD. *(Al propio Gustavo, por Félix.)* El "Juvenil" del Congreso. *(Risas de los tres.)*

FELIX. ¡Bien, muy bien ese "calembour"! Me vuelvo a la sala a ver si le doy unos botonazos al maestro. Amigo mío, bien venido.

GUS. Bien hallado.

FELIX. Señor don Rodrigo, siempre queriéndole.

D. ROD. Siempre admirándole.

FELIX. Mis afectos a todos. Con Cristina he conversado un ratillo.

D. ROD. ¿Sí, eh?

FELIX. Hasta luego. *(Encaminase corredor arriba, y de pronto se vuelve, afectando naturalidad.)* Don Rodrigo, ¿conservan ustedes aún aquella cabeza de Ribera...?

D. ROD. ¡No que no! Y tal como estaba. Mucho más ha cambiado la mía en estos años.

FELIX. Pues ya tendré el gusto de admirarla.

D. ROD. Cuando a usted le plazca, señor.

FELIX. Hasta la vista.

D. ROD. Hasta la vista. *(Desaparece por el foro Félix, con aire de desenfadada indiferencia.)*

GUS. Vulgar, vulgar y vulgar. Siempre lo he dicho. Don Rodrigo, ¿cómo ha vuelto a esta casa ese hombre?

D. ROD. Se ha hecho discípulo de Rodriguín; de mi nieto.

GUS. Eso ya lo sé. Pero ¿a qué ha venido aquí? La sala de armas tiene entrada y salida independientes. ¿A qué ha venido aquí?

D. ROD. Nos ha salido fino el mozo. *(Recogiendo de la mesa sus papeles.)* No es rana, no; no es rana. Tendrá un capitulito en mis Memorias. Les voy a advertir a las chicas que las aguardas tú.

GUS. Gracias, don Rodrigo.

D. ROD. No hay de qué, don Diego.

GUS. ¿Don Diego?

D. ROD. Por Velázquez lo hablo. ¡Je! *(Entrase por la puerta de la derecha.)*

GUS. *(Obedeciendo a sus pensamientos más íntimos.)* Lo ha dicho bien claro: ha estado aquí hablando con Cristina. ¿Qué tiene él que ha-

blar ya con Cristina? *(Llega Teresa por la puerta de la izquierda y sorprende en su soliloquio al pintor.)*

TERE. ¿Se estilan ahora en Guadalema los monólogos?

GUS. ¡Teresa!

TERE. ¿Cuándo ha vuelto usted?

GUS. Esta mañana.

TERE. ¿Cómo ha dejado a la mamá?

GUS. Muy contenta, porque le he prometido verla otra vez antes de mi regreso a París.

TERE. Así me gusta. ¿Y Lucita? ¿Y Cristina? ¿Cómo no están aquí con usted?

GUS. Si he llegado ahora mismo. Don Rodrigo ha ido a avisarlas de mi visita.

TERE. Pues me alegro de haber bajado yo tan oportunamente. Venía por mi libro. La buena señora ha despertado, y me quiere tener pegada a sus faldas.

GUS. ¿Qué enfermedad padece?

TERE. Todas y ninguna. La peor es la vejez. Está maniática, medio loca. A lo mejor me ofende, me injuria, se mete con toda mi familia... Luego se arrepiente; me llama, me besa, me pide perdón... Pobrecita.

GUS. Pobrecita... y dichosa, ya que la tiene a usted al lado suyo. ¿No tiene familia esa señora?

TERE. Un hermano, que es el que la mantiene, y que está empleado en la Biblioteca. Entablamos relaciones de vecindad; me ofrecí al instante de enfermera, y él aceptó, siempre que yo me aviniese a recibir una recompensa por ello. Que sí, que no, que qué sé yo..., y, al cabo, concluí por no rehusarla, puesto que así, a la par que hago una caridad a mi prójimo, traigo también mi granito de trigo al hormiguero.

GUS. Es usted una hormiguita celestial.

TERE. ¡Huy, celestial! ¡Pues no me falta mucho!

GUS. Ya me dijo don Adelardo que renunció usted a entrar en el convento.

TERE. Sí, señor; a raíz de nuestra desgracia, renun-

cié. Papá, que nunca había visto mi vocación con buenos ojos, entonces se mostró partidario de ella, y aun insistió mucho conmigo para que no la abandonase. Yo comprendí que lo hacía por librarme de las espinas que a todos esperaban, y hablé con quien quiero que viva dentro de mí, y me ordenó que siguiese al lado de los míos, ayudándoles a llevar la cruz. Con mi dote de monja se pagó la última deuda de las minas.

GUS. Lo sé.

TERE. Si algún día puedo, si mi familia vuelve a su bienestar, yo iré adonde mi inclinación me llama desde niña. Si no, continuaré compartiendo con ellos los dolores del mundo. *(Sonriendo con bondad.)* Pícaro mundo. Aquí está Lucita. *(Aparece ésta por la puerta de la derecha.)*

LUCI. Me había dado a mí el corazón que iba usted a venir esta tarde.

GUS. No podía ser de otra manera, habiendo llegado esta mañana. ¿Qué tal vamos, discípula de pasados tiempos?

LUCI. Cada día más irreductible, maestrillo. Prepárese usted, que tenemos charla para una hora. ¡Esta cabeza mía es una fábrica de cohetes!

TERE. Pues me quito de en medio, no me dé una caña en un ojo. Adiós, Gustavo.

GUS. Adiós, Teresa.

TERE. Ya me dejaba aquí a la santa otra vez. *(Coge el libro y se va por la puerta de la izquierda.)*

GUS. Bueno; usted dirá.

LUCI. Usted, usted primero. ¿Ha tenido usted noticias de monsieur Clémentier?

GUS. Ningunas, Lucita. No sé qué pensar. ¿Y usted, las ha tenido?

LUCI. ¡Pues ya lo creo!

GUS. ¿De veras?

LUCI. Pero ¿lo duda usted, conociendo el interés que yo me tomo por sus cosas, Gustavo?

GUS. ¡Ay, discípula, qué satisfacción me da usted!

Me entra el alma en el cuerpo. Cuénteme, cuénteme: ¿dónde ha visto usted a ese hombre?

LUCI. En su casa. Vive muy bien; es un caballero muy simpático y muy amante de los españoles.

GUS. ¿Y qué le dijo a usted de mí?

LUCI. ¡Mil cosas! Que le ha escrito a usted muchas veces; que viene usted a España a pintar un retrato de su mujer; que cuando presentó usted en el Salón la famosa cabeza de la española, lo felicitó con gran entusiasmo...

GUS. Justo. La carta aquélla, escrita en un francés muy transparente, como todas las suyas, me hizo llorar. "Así son las españolas que yo conozco", me repetía con noble firmeza. Entre aquellas líneas, llenas de luz, palpitaba una efusión enternecedora y simpática. Le mandé la carta a mi madre. Mi madre no sabe francés, y me ha dicho que la entendió toda.

LUCI. Es claro. ¡En caracteres árabes la hubiera entendido! ¿Y luego?

GUS. Luego me escribió ya con el deseo de que retratara a su esposa.

LUCI. ¡Ajajá! Y eso fué, en fin, lo que determinó a usted a hacer este viaje.

GUS. Sí, por cierto. Eso... y el natural afán de volver a España, de ver a mi madre, de... Muchas cosas reunidas. Lo demás, ya usted lo conoce. Mis cartas a monsieur Clémentier venían dirigidas a Madrid, calle de Fortuny, último hotel. Llego, pregunto, y ni en aquel hotel ni en toda la calle me dan razón de monsieur Clémentier. Mis compañeros no lo han oído nombrar en su vida. Voy al Ateneo, voy a la Embajada de Francia, voy al Consulado, y ni rastro de monsieur Clémentier. Monsieur Clémentier llegaba a parecerme un mito, cuando no una broma de mal género, dictada por la envidia. Sí; porque hacer venir a un hombre a España, con la promesa de un retrato que

va a pagar una persona que no existe... *(La risa de Lucita interrumpe a Gustavo.)*

LUCI. Pues no, señor; no es broma. Monsieur Clémentier vive; yo lo conozco... y se lo presento a usted cuando le dé la gana.

GUS. Cuanto antes.

LUCI. Hoy mismo.

GUS. Hoy mismo.

LUCI. Ahora mismo, si quiere usted.

GUS. ¿Ahora mismo? *(Bajando la voz instintivamente.)* ¿Está ahí, por ventura?

LUCI. Está aquí.

GUS. ¿Cómo aquí?

LUCI. Sí; porque soy yo.

GUS. ¿Qué dice usted, Lucita?

LUCI. Que yo soy monsieur Clémentier.

GUS. *(Desconcertado.)* No comprendo...

LUCI. Que monsieur Clémentier soy yo.

GUS. A ver, a ver... Le aseguro a usted que no alcanzo...

LUCI. ¡Pues sí que es usted torpe!

GUS. Explíqueme, Lucita, explíqueme... ¿Qué objeto, qué intención, qué propósito...?

LUCI. Ante todo, Gustavo, perdóneme usted si le he quitado una ilusión..., la ilusión del Mecenas...

GUS. ¡No me hable usted de eso, Lucita! ¡Si la verdadera ilusión empieza ahora! ¡Si ahora es cuando yo quiero más noticias de monsieur Clémentier! ¿Qué es esto?

LUCI. Una creación mía. ¿No sabe usted que voy a escribir comedias? El deseo de comunicarme con usted, de conocer el rumbo de sus afanes y trabajos, ¿verdad?, me sugirió, cuando volvimos de la Argentina y tropecé con sus dibujos de "Les Arts", la idea de crear ese personaje.

GUS. Pero ¿por qué no me escribió usted con su nombre?

LUCI. Lo primero, Gustavo, porque monsieur Clémentier me hacía a mí mucha gracia.

GUS. Y la tiene.

LUCI. Lo vi de cuerpo entero. Bigote, perilla, monóculo, botines, chaqué..., "¡Pardon!" a cada triquitraque... De cuerpo entero, ya le digo. Después, amigo mío, he de confesárselo todo, temí que la correspondencia entre usted y yo no tuviese nunca la expansión, la cordialidad, el fuego que ha tenido entre usted y monsieur Clémentier... Y últimamente, querido maestro, no quise exponerme con usted, cuya persona había yo colocado en un mundo aparte, ¿verdad?, a un desengaño tan doloroso como los sufridos con otros amigos desde la ruina de mi casa...

GUS. ¡Por Dios, Cristina!

LUCI. Lucita.

GUS. ¡Lucita! ¿Tan mal me juzga usted a mí?

LUCI. ¿No oye usted que lo había colocado en un mundo aparte? Ello es, en fin, que una vez que inventé a monsieur Clémentier no quise matarlo de repente. El portero del último hotel de la calle Fortuny, hijo de aquel Baltasar, antiguo criado de nuestra casa en Guadalema, bien aleccionado por mí, recogía las cartas de usted y me las traía.

GUS. ¡Bien se ha reído usted a mi costa!

LUCI. ¿Reírme? ¡Qué disparate!

GUS. Lucita, yo estoy lleno de confusión... ¿Qué se ha propuesto usted? ¿Por qué me ha hecho venir a España? *(Silencio. Lucita lo mira.)*

LUCI. ¿Quiere usted que lo diga todo?

GUS. Todo, sí.

LUCI. Usted ha de decirlo todo también.

GUS. También.

LUCI. *(Con emoción y delicadeza.)* La cabeza de española pintada por usted..., ¿a quién se parece?

GUS. ¿Usted ha visto una reproducción?..

LUCI. Sí.

GUS. Entonces..., ya lo sabe.

LUCI. Porque vi en aquellos ojos los de mi hermana, y en aquella frente la suya, adquirió fuerza en

mi pensamiento esta idea. Yo, Gustavo, más de una vez, allá en nuestra casa, ¿verdad?, había observado, haciendo que no lo veía, que usted, en presencia de Cristina, nunca estaba tranquilo; no era dueño ni de sus ojos ni de sus palabras.

GUS. Es cierto.

LUCI. Yo advertí la profunda emoción de usted al despedirse de ella cuando marchó a París. ¿Es cierto?

GUS. Tanto que me pareció que dejando a Cristina junto a otro hombre, mi viaje carecía de fundamento y de sentido.

LUCI. Soy una gran psicóloga. Mis comedias darán que hablar. Pues bien, Gustavo: ¿necesito ser más explícita? Usted allí, solo con su voluntad, sin deber estar solo; pintando los ojos de Cristina, sin saber dónde estaba ella... Ella aquí, desencantada del amor, sola también con su voluntad, enseñándonos a todos a ser fuertes, a ser buenos, a tenernos amor... ¿Por qué no había yo de poner estas dos vidas frente a frente de nuevo? Esta ha sido mi obra: ésta es mi primera comedia.

GUS. ¡Ay, Lucita! ¡Yo la aplaudo con toda mi alma!

LUCI. ¡Ay, Gustavo! ¡Qué bien me sabe ese aplauso de usted! Cuando mi padre me dijo el otro día: "Gustavo está en Madrid", se me heló la sangre en las venas. "¿Qué he hecho yo, Dios mío? ¿Qué disparate es éste? ¿Qué locura?", me preguntaba por los rincones, sin poder comunicarme con nadie. Pero cuando al día siguiente vino usted, y vi cómo tembló ante Cristina, y lo vi dichoso junto a ella..., respiré casi tan fuerte como ahora y pensé para mis adentros: "He hecho lo que debía hacer. No ha de ser siempre la casualidad la que haga estas cosas." *(Entre lágrimas, sonriéndole con inefable emoción.)* ¿Qué le parece a usted monsieur Clémentier?

GUS. ¡El ser más extraordinario que he conocido!

No podía yo sospechar, Lucita, que en mi vida iba a deberle tanto.

LUCI. ¡Oh! He pensado mucho en usted. Temí siempre que allá en su soledad desmayara por hastío... por cansancio... por falta de fortuna... ¡Dios sabe! Y solía hacerme estas reflexiones: "El trabajo de los de mi casa es circunstancial, cosa del momento, del acaso, tomado coco un arma para defenderse de un peligro que ha de ser pasajero. El trabajo de Gustavo es la aspiración de una vida, ¿verdad?, el eje de un alma... y su salvación y su empleo... Necesita estímulo, aliento de todos los días... Necesita un amor que lo cante... ¿verdad?"

GUS. Verdad. ¿Sabe Cristina?...

LUCI. Nada. Ni Cristina ni nadie aquí. Temí también que se opusieran y me desbarataran mis planes. Era mi afán, mi labor en la casa, mi secreto...

GUS. ¡Pronto lo sabrán todos!

LUCI. *(Sin voz apenas.)* Algo quedará para mí sola. *(Gustavo no oye esto, porque en tal instante ve a Cristina, que sale por la puerta de la derecha.)*

GUS. ¡Cristina!...

LUCI. ¡Ah! Cristina...

CRIST. Gustavo, ¿cómo va?

GUS. Bien, ¿y usted, Cristina?

CRIST. ¿Qué me miran ustedes?

LUCI. Nada. Cuando el Viejo vuelva a decirme que yo soy la única de la casa que no ha hecho nada por los Leales, ya tengo una contestación muy bonita... ¿Verdad, Gustavo?

GUS. ¡Verdad, como todo lo que usted dice!

LUCI. Gracias. Se retira monsieur Clémentier.

CRIST. ¿Qué estás hablando, loca?

LUCI. Que me voy.

CRIST. ¿Que te vas?

LUCI. Siempre que en las comedias salen a la escena ella y él, si no se van los demás personajes se impacienta el público. *(Suspira satisfecha*

y se marcha por el foro rápidamente, temerosa de descubrir, a pesar suyo, lo más íntimo de sus sentimientos.)

CRIST. ¡Qué salida! ¡Hoy está más loca que ayer!

GUS. ¡Pues yo bendigo su locura!

CRIST. ¿Le ha contagiado?

GUS. ¡Sí!

CRIST. ¿Qué ha dicho de monsieur Clémentier?

GUS. Monsieur Clémentier no existe más que en su fantasía, en su privilegiado espíritu, en su pensamiento rebelde y creador. Monsieur Clémentier ha sido una ficción de ella para que yo viniera a España; para traerme aquí, junto a usted.

CRIST. *(Turbada.)* ¿Eso ha hecho?

GUS. ¡Eso ha hecho! Y si no ha de bendecirla usted como yo, quiero que no me lo diga usted en este instante.

CRIST. ¡Gustavo!

GUS. ¡Déjeme usted hablar!... ¡Son muchos años de silencio!... ¡Deje usted a mi corazón que se explaye!... ¡Déjeme usted hablar!

CRIST. Me desconcierta usted, Gustavo... Esa exaltación, ese tono...

GUS. Cristina, amiga mía, causa de mis sueños, ahora puedo hablar y no callo. Pero ¿es que esto le sorprende como cosa nueva? ¿Es que no advirtió nunca la viva predilección con que la miraba mi alma? ¿Es que jamás me sorprendió temblando ante sus pasos, tímido y cautivo ante su voz, rendido ante sus ojos? ¿Es que tampoco me vió jamás trémulo de celos y de ira al verla esclava de otro hombre? ¿Es que no reconoció nunca en cuantas mujeres pinté, su frente, sus cabellos, sus ojos, su boca? Pues si nada notó, si nada adivinó, ni nada supo, ya lo sabe. Nos separó, nos alejó la vida, tal vez por dicha, según ahora creo, y Lucita ha querido reunirnos para que hable yo, para que tú me escuches. Cristina, mírame...

CRIST. Gustavo... ni ahora veo... ni ahora puedo ha-

blar... Dormía mi corazón, y este despertar repentino lo sacude violentamente, lo trastorna... No puedo hablar... no puedo... Ni aun puedo oír tampoco... Déjeme usted, déjeme usted ahora... Se lo suplico: déjeme...

GUS. Te dejaré cuando me mires. Mírame: háblame con tus ojos... Dime, al menos mirándome, que crees en mis palabras y que su eco era esperado dentro de ti. Dímelo, Cristina. ¡Dímelo! *(Cristina lo mira; en sus ojos brillan juntamente gratitud, curiosidad, interés, amor.)* Quiero hacerte mi compañera. Quiero tu alegría para mi trabajo y tus brazos para mi fatiga. Ahora te dejo ya. *(Se miran dulcemente. Por el foro aparece don Rodrigo.)*

D. ROD. *(Con socarronería.)* ¡Diabio! ¡Si pensé que no había aquí nadie!

GUS. Pues estamos Cristina y yo.

D. ROD. Ya lo veo.

GUS. ¡Y el amor con nosotros!

D. ROD. ¡Muchacho!

GUS. ¡Sí, don Dodrigo: aquí está el amor!

D. ROD. ¡Bien venga el amor siempre!

GUS. ¡Yo quiero fundirme en esta familia, quiero pertenecer a esta casa, disfrutar de esta paz moral, ser uno de ustedes! ¡Quiero que el esfuerzo de mi trabajo aislado se junte al de todos aquí! ¡Lo quiero; lo pido!

D. ROD. ¡Y lo mereces!

GUS. *(Abrazándolo.)* ¡Viejo, admirable Viejo! ¡Siempre recibo de usted aliento y alegría! ¡Merezco ser uno de los Leales!, ¿verdad? ¡Dígale usted a Cristina que lo merezco! ¡Dígaselo! Hasta mañana. *(Se va por la puerta de la izquierda.)*

D. ROD. Adiós, buen mozo, adiós. *(A Cristina.)* ¿Te digo lo que quiere que te diga, o lo has oído tú?

CRIST. Lo he oído, Viejo, lo he oído...

D. ROD. Pero ¿has visto esa trapisondista de Lucita la que ha enredado?

CRIST. ¡La pícara! *(Viendo a Lucita, que baja hacia*

ella por el corredor en este momento, con toda la travesura de su invención en los lindos ojos.) ¡Pícara!, ¡picarona!... Ya te ajustaré yo las cuentas.

LUCI. No te hagas la enfadada, porque no lo estás.

CRIST. No lo estoy, no: todo lo contrario. *(Vencida por la fuerza de su emoción, coge a Lucita por las dos manos, la atrae hacia sí y la besa apasionadamente.)*

D. ROD. ¡Ay, ya era hora de que amaneciese del todo! ¿Veis, niñas, cómo el Viejo siempre tiene razón?

LUCI. Bueno, y ahora me toca a mí: a la veleta, a la sin fundamento, a la holgazana: ¿he hecho algo por la familia?

D. ROD. Quizá más que ninguno, Lucita: yo soy justo. Porque entre las ruinas de nuestra casa, en medio del desconcierto de todos, supiste descubrir al amor y supiste salvarlo.

CRIST. ¡Y no era para ella!

D. ROD. *(Entusiasmado.)* ¡Todo ya me anima a esperar que tal vez muy pronto entone yo de nuevo aquella copleja predilecta de mis verdes años, cuando el Viejo era joven y se lo rifaban las muchachas, y tocaba la guitarra y bebía vino y salía por peteneras en Sevilla y en Cádiz!...

"¡La casa de los Montoyas
tembló, pero no cayó!"

(Abraza a sus nietas con alegría.)

TELÓN

LEA USTED

EL TEATRO

=MODERNO=

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS